





30 de Noviembre

Esta mañana he leído que en el zoológico de Texas te dejaban ponerle el nombre de tu ex a una cucaracha por San Valentín y ver cómo se la zampaba un lagarto gigante.

Vale, Nick Ryder no era mi ex sentimental, aunque podría ser mi exrival y me encantaría convertirlo en cucaracha y lanzarlo a la jaula del animal más pestilente de ese zoo. O de cualquiera.

—Eso es mío —murmuré, viendo cómo abría la boca.

No el reptil.

Él. Mi archienemigo con corbata.

Con la calma con la que se firma un cheque obsceno, deslizó la mano y, antes de que yo tocara la silla, se apropió de mi galleta de jengibre.

Era. Mi. Puta. Galleta.

Y se la estaba comiendo delante de todos, en la sala de juntas, mientras esperábamos a que mi dios personal —también conocido como el jefe buenorro de mis sueños— diera inicio a la reunión editorial del lunes.

El bicho masticaba despacio, con ese aire elegante que le salía natural y a mí me daban ganas de bañarlo en café hirviendo.

Solo alguien como él podía llevar un pañuelo de seda con las iniciales NR y convertirlo en fetiche de media redacción. Mujeres y chicos gays suspiraban por ese trozo de tela; fantaseaban con que los atara con él. Yo había oído esas confidencias más veces de las que mi paciencia toleraba.

No soy una chica violenta. De hecho, adoro los renos y los vídeos de gatitos, incluso tengo uno. Pero Nick Ryder despertaba esa parte oscura que todos llevamos dentro y me hacía imaginar cómo sería endiñarle una buena dosis de veneno o, en su defecto, laxante. Aunque, conociéndolo, seguro que sospecharía y se lo daría a probar a otro que moriría con gusto solo por recibir su gélida mirada.

Debería apellidarse Desconfianza, no como el ladrón encantador que conquistó a mi princesa Disney favorita.

Sí, Rapunzel. Aunque yo tiro más a Mérida: pelirroja, terca y con puntería cuestionable.

No tenía derecho a estar tan bueno ni a dinamitarme el karma desde primera hora. Dicen que lo más tóxico suele ser lo más vistoso.

Fue un perfeccionista insufrible desde que entró en Glow & Co., dos semanas después de mí. Le encantaba subrayar mis fallos, desafiarme en duelos

de miradas hasta convertirme el mundo en un borrón... Y, sinceramente, mejor así: cuanto menos lo enfocara, más cuerda me mantenía.

Algunos tenían vistas al *skyline*; yo, al altar minimalista del enemigo que consideraba cualquier otro color, más allá del blanco, negro o gris, una blasfemia visual para la ropa.

Seguro que su piso era un búnker minimalista con velas negras, cuadros blancos, desayunaba sangre de vírgenes y dormía en un ataúd.

«Puto Ryder de las pelotas».

Alto, mandíbula marcada, disciplina de gimnasio y afición por sacarme de quicio.

—Deliciosa —dijo en voz baja, entrecerrando los ojos, en ese juego de miradas que tan enferma me ponía.

Juro que Lucy, la asistente de nuestro jefe, suspiró. Y la señora Atkins, de RRHH, apretó los muslos (y no, no creo que fuera por la vejiga).

El calor me trepó por el cuello del jersey; rojo Papá Noel, versión alarma. Julian me pellizcó el muslo bajo la mesa para evitar que me delatara.

Miré el bote de bolígrafos, elegí un lápiz imaginario y lo lancé mentalmente contra ese ojo verde de postal.

Con suerte, un parche le restaría encanto.

Con mi mala suerte, Balmain lo convertiría en portada.

Si el zoológico aceptara inscripciones virtuales, ya estaría haciendo clic en «Confirmar: Nick Ryder, como cucaracha oficial del 14 de febrero», aunque estuviéramos a 30 de Noviembre.

—¿Puedes domar tus instintos homicidas antes del primer café, Giny? —dijo Julian Vega, mi mejor amigo y fotógrafo de plantilla.

Alto, delgado, mechones plateados prematuros que le quedaban de cine a su aire vintage. A Julian todo le sentaba bien porque lo defendía con orgullo.

Entre él y yo jamás habría nada: nos gustaba el mismo lado de la cama y, sobre todo, los rabos, aunque yo no fuera de catar muchos.

Entre Julian y Sasha —mi confidente de barra en la cafetería del edificio— monopolizaban el *ranking* anual de conquistas.

Spoiler: yo ni figuraba. El sexo casual nunca fue lo mío; cuando mi pepitilla chispeaba, recurría a Rudi. No preguntes. Intuye.

—Giiiny... —protestó Julian al verme bizquear de puro odio contenido.

Aparté la mirada. Además del desayuno, acababa de regalarle mi retirada del duelo.

—¡¿Qué?! Lo has visto. Me provoca en abierto. Ha decapitado a mi pobre Fred y lo devora como un puñetero T. rex.

Y no me juzgues: bautizar mis *gingerbread man* era mi manera de honrarlos.

La puerta se abrió con ese susurro caro de bisagras engrasadas y entró Ethan Cole. Bufanda gris claro, sonrisa con efecto calefactor y ese andar de quien sabe que media sala lo mira como si fuera una buena *playlist* de *Spotify* en bucle.

—Buenos días, equipo —dijo, dejando el móvil boca abajo—. Bonito jersey, Gin.

«Pantalla azul».

«Error 404: respiración no encontrada».

Carraspeé algo entre «gracias» y un graznido. Julian me dio otro pellizco furtivo. Fingí estar perfectamente viva.

—Vamos al lío, que sé que preferís estar trabajando que conmigo.

«Error, yo estaría toda mi vida contigo».

Era tan guapo... No al estilo tío de revista GQ, su belleza era más calmada, agradable, más como la persona que querías que te acurrucara bajo una manta tomando un buen chocolate caliente.

Confiable, maduro, cercano, lo opuesto al capullo que tenía sentado delante.

Ethan ocupó la silla de la cabecera; Lucy le pasó una carpeta y él ni la miró, era de los que guardan datos en la cabeza y aplausos en la manga. De los pocos que corregía en privado y felicitaba en público.

—Cierres de mes: espectaculares. Y la prima anual está más reñida que nunca.

El murmullo se encendió. A mi izquierda, Mrs. Atkins alzó una ceja, como si regalar alegría costara dinero. En la otra punta, Valeria ya tecleaba en el móvil un «OMG».

—Ryder, subidón en «Vida práctica» con la serie de minimalismo para pisos pequeños —dijo Ethan—. Hartley, tus guías de «Navidad para gatos terroristas» han disparado tiempo de lectura y compartidos. Vais a pocos clics de distancia.

Nick se acomodó con esa calma zen que me daba urticaria. Me miró. Yo lo miré mientras recolocaba mis gafas. Duelito. Él ladeó un milímetro el pañuelo, ese condenado trocito de seda con el maldito bordado. Tres suspiros femeninos flotaron a mi derecha. Alguien chasqueó la lengua en mi dirección. Bufé muy bajito. Tenía derecho.

—Recordatorio rápido —siguió Ethan—: el artículo más leído del año se lleva la prima. Y... este año añadimos premio extra.

Hasta Tom levantó la cabeza del portátil.

—Nuestro mayor cliente de publicidad —el jefe sonrió, tirando de suspense— nos regala un viaje para dos a Rovaniemi.

Algunos arrugaron la nariz; no tenían ni idea. A mí se me aceleraron las pulsaciones.

—Pe-perdón, ¿es algún tipo de balneario nuevo? —preguntó Valeria.

Él rio con suavidad, sin un ápice de burla.

—Digamos que sí tiene sauna a la que poder acudir, aunque es un poquito más lejos, en Laponia. Ya sabéis, la ciudad de Papá Noel. Mucha nieve, auroras, renos de verdad, baños helados y de vapor humeante y sopa de salmón. Todo pagado para dos.

Mi cuello hizo «clac». La Mariah Carey que cantaba villancicos en mi interior empezó a entonar *All I Want for Christmas is Rovaniemi*.

Viaje. Para dos. Renos.

«Yo voy», pensé, sin especificar con quién. Mis ojos ya estaban puestos en Ethan; seguro que no tenía plan después del divorcio y yo estaría encantada de que me acompañara.

—Lo patrocina Northern Peak —añadió Lucy—. Todos sabéis que esa campaña la gestionó Nick, así que, en parte, este viaje es por él.

Aplausos educados. El señor Pañuelo inclinó la cabeza. Dos «ay» soñadores se escaparon del corral femenino. Mis ojos rodaron tan fuerte hacia el coro de suspiros que casi hicieron ruido.

—Antes de pasar a los contenidos de diciembre. —El jefe pasó página—: Fiesta de los trabajadores. Quiero algo épico y entrañable. Necesito voluntarios para la organización; sabéis que no me gusta derivarlo a una empresa externa que no capte el espíritu de la revista. Esto es nuestro.

«Yo podría ser tuya si quisieras...».

Poco me faltó para suspirar y babear; era tan guapo, dulce e interesante...

Silencio. Un silencio gordo. Del que hace que los bolis finjan ser invisibles y las miradas practiquen yoga mirando al suelo. Jared, redactor de Viajes (sí, aunque la revista fuese de decoración, había otras secciones), empezó a examinar el techo. Chris, de Social Media, fingió estar salvando el algoritmo mundial. Mrs. Atkins se transformó en estatua, no fuera a ser que alguien creyera que su famoso ponche de huevo bajo en alcohol fuera el alma mater de la fiesta anual.

Levanté la mano. Alto. Convencida. Deseosa de puntos extras, contacto premium con Ethan y oportunidad para que mi jefe quisiera puntuar algo más que mi rendimiento creativo.

—Perfecto, Gin —dijo él, feliz. Bebí un trago de Latte para disimular el ardor de mis mejillas—. Sabía que no me fallarías.

«¿Follarías? ¿Había dicho follarías?».

Sí, quería. Mucho. Y muy fuerte. O muy dulce. Había fantaseado con cómo sería en la cama. En mis sueños inacabados, era considerado, no como el témpano de hielo que me observaba con aspecto de querer hundir mi Titanic del amor.

—¿Alguien más a la una? ¿Alguien más a las dos? ¿Alguien más a las...?

Sentí la tentación de volver a alzar la mano. Por suerte, Julian tiró de mi manga para evitar el ridículo.

Nick levantó la suya con lentitud planeada, analizando mi ceño fruncido y los labios cargaditos de indignación.

«¿Perdón?».

—Me ofrezco —dijo, neutral, como quien te pasa la sal.

Un «mmm» recorrió la mesa. Me sobresalté tanto que las gafas casi se me suicidaron nariz abajo.

—¿Tú?! —se me escapó, junto con una risita antimorbo que solo emergía cuando me ponía nerviosa.

—Puedo encargarme del presupuesto, proveedores y del plan de tiempos —contestó, impecable—. Y asegurar que el SEO del evento no muere entre villancicos. Es obvio que, si lo dejamos en tus manos, vas a despilfarrar en elfos y espumillón de mercadillo.

—¿El SEO de una fiesta? —repetí—. ¿Vas a etiquetar al muérdago, o a optimizar los canapés?

Dos risitas. Tres suspiros más para él. Otra mueca hacia mí. Soplé aire por la nariz, pura locomotora Disney.

Ethan juntó las manos, encantado con su propio *casting*.

Rose Gate

—Decididamente, formaréis un gran equipo: el Gin y el Ry —se rio él solo con su chiste—. Mis dos mejores redactores liderando la fiesta. *Teamwork makes the dream work* —alzó el puño; le flipaban esas frases de *teambuilding* para empresas—. Estoy convencido de que la mezcla de enfoques puede ser oro: corazón y pulcritud. Pasión y...

—¿Congelación hasta la amputación? —sugerí.

—No sabía que te fuera la criogénesis —farfulló mi némesis.

¿En serio insinuaba que yo era el casquete polar? ¿Es que no tenía ojos en la cara?

—Lo que me va es...

—Ese jersey de renos es nuevo, ¿verdad? —interrumpió Ethan antes de que soltara algo dilapidario.

Me quedé sin sangre en la cara y con todas las mariposas montando un pelotón acrobático. Asentí como una ardilla. Me gustaba que se diera cuenta de esas cosas, eso significaba que se fijaba.

—Ethan —intenté—, quizá sería más eficiente si nosotros..., si él...

—Gin —sus ojos claros me hicieron «ojitos»—, confío en ti. En vosotros dos. En lo que eres capaz...

«Ponme contigo en el archivador y te enseño de lo que soy capaz».

Nick apoyó el codo en la mesa mirando sus uñas.

Tenía las cutículas mucho mejor que las mías.

Mientras movía los labios, yo solo oía el repicar de campanas de boda navideña, porque mi jefe había dicho que iba con un jersey nuevo y solo los machos que buscan aparearse son capaces de caer en detalles como ese... Era feliz en mi fantasía hasta que el timbre de audiolibro calentorro de Ryder lo echó todo por tierra:

—Si voy a tener que trabajar con la señorita especialista en bazares orientales, necesito un tope de gasto y libertad para prohibir lentejuelas.

—¿Prohibir lentejuelas? —susurré—. ¿También piensas vetar la alegría?

—La alegría cabe en 30 caracteres —contestó, mirando mi libreta con brillos y peluche verde—. Cosa que tu último titular no.

—Y tu último artículo necesitó dos galletas robadas para llegar al punto.

—No eran tus galletas, estaban en el tarro de la cocina.

—¡Todo el mundo sabe que son mis galletas! —recalqué—. Y que las necesito para que funcionen mis neuronas.

—Tus neuronas y tu jersey que parpadea.

—Es bordado, no parpadea —repliqué—. Mi madre lo tej...

—Me encanta —cortó Ethan, divertido—. Esto es lo que os hace ideales y os impulsa a volar más alto, ese reto continuo que os hace vibrar en otra sintonía. Los demás debéis aprender de ellos, que no dejan de estimularse el uno al otro...

«Te aseguro que ese bocachanca a mí no me estimula».

—Así que, Nick: tope de gasto, sí. Lentejuelas..., veremos. Gin, visión creativa. Quiero que la gente hable de esta fiesta hasta la del año que viene. No te cortes.

Un «uuuh» de patio de instituto recorrió creativos y *marketing*. Sasha, desde la puerta, con su bandeja de cafés bajo la axila, me mandó un corazón con los

dedos. Valeria peinó a Nick con la mirada. Las cuentas de Peter repiquetearon como un aplauso en Morse.

—Y, ahora, repaso rápido al contenido de la semana: calendario de Adviento, cierre de campaña de Northern Peak, top 10 de *playlists* navideñas, guía de regalos sin plástico, viajes para hacer en Navidad solo o acompañado... y la batalla final de la prima. Quiero títulos afilados, fotos que huelan a invierno y cero errores. —Miró a Jared, que tragó—. ¿Dudas?

Nadie dijo nada.

Se puso en pie.

—Así me gusta. A currar.

Las sillas chirriaron. El murmullo volvió: «Laponia», «auroras», «viaje para dos». Hannah me sonrió con dientes de *glitter*. Clara me ofreció un pastel «para endulzar tensiones». Apreté mi taza con cuernos de reno como si fuera una reliquia.

Al ver mi cara, Julian me susurró al oído que no hiciera tonterías.

Me ajusté las gafas antes de lanzarle una mirada aniquiladora a Ryder, que se levantó al mismo tiempo que yo. Dos trayectorias. Una puerta. Una única dirección. Yo iba a salir primero.

—Ay —dije, golpeándome el hombro.

Su mano rozó mi codo para estabilizarme. No sirvió de nada; me desestabilizó más y el café de mi taza se bamboleó en una marea que amenazó su camisa impoluta. Dio un salto hacia atrás, como un vampiro frente a una estaca y un collar de ajos.

—¿Otra vez haciendo honor a tu nombre y echándote ginebra en el café? —preguntó en voz baja, inclinándose lo justo para que oliera a limpio y a algo caro.

—Te he dicho mil veces que no me llamo Ginebra, sino Ginger, y que no echo nada en mi bebida que pueda prender. Lo que hueles es el azufre que sale de tu rabo, Satán.

—De mi rabo salen muchas cosas, pero nadie las ha catalogado de azufre.

—Discutible...

—¿Te estás ofreciendo a probar?

Por poco me atraganté con la sugerencia.

—Jamás. Odio a los ladrones de desayunos. Deberías visitar a un terapeuta, seguro que robas galletas para compensar algún tipo de carencia afectiva. ¿Todo bien en casa, Ryder? —respondí, igual de bajo.

Nos quedamos un latido atrapados en el marco de la puerta, ninguno cediendo. Julian se aclaró la garganta detrás de mí. Lucy carraspeó con una pila de dossieres, delicada como una bailarina. Mrs. Atkins nos fulminó por bloquear la salida.

—Nos vemos en la sala de reuniones a las cuatro para hablar de mi fiesta —dijo Nick, dando un paso mínimo hacia mí. Golpecito de hombro. Guerra declarada.

—Dirás mi fiesta; yo levanté la mano primero. A ti te han dicho que sí para que no te dé un berreo, eres el lastre de consolación.

Y añadí, muy digna:

Rose Gate

—Trae tu Excel. Yo me ocupo de la magia.
—Lo haré si tú te quitas ese horripilante jersey lleno de pelo de ciervo y ácaros —curvó la comisura—, soy alérgico.
—A lo que tú eres alérgico es a la vida, te recomiendo un ataúd, y si mi ropa te hace estornudar, te compras antihistamínicos, Pañuelín —le sonreí, hostil—. Si no te gusta la Navidad, las lentejuelas y la purpurina. Date de baja de mi equipo.
—¿Pañuelín?
«¿En serio que solo se había quedado con eso?».
Ni siquiera quise mirarlo para medir el efecto del mote.
—Para algo tiene que servir esa cosa pasada de moda que llevas siempre colgando del bolsillo. Y, ahora, si me disculpas...
Logré abrirme paso amenazándolo con mi taza.
Detrás de nosotros sonó un «por fin» que no me detuve a analizar; ya había tenido bastante Nick Ryder para empezar el día.



A mediodía, mi artículo iba como el arbolito de la recepción: mono, pero con dos luces fundidas. Escribí tres párrafos, borré cuatro, y dediqué media hora a «estrategia para impresionar a Ethan pasando de la puñetera cara de Pañuelín que no dejaba de mirarme por encima de la pantalla. Seguro que estaba evaluando la guirnalda de mi escritorio a la cual le parpadeaba más de una bombilla. Sabía que eso lo desquiciaba»:

Titular brillante. Check. ✓

KPI en orden. Check. ✓

Jersey con renos 2.0 (el de «guau»). Doble Check. ✓✓

«Plan maestro para conquistar al jefe...», pensé, mientras la barra de progreso de mi hambre llegaba al rojo.

—¿Bajamos? —Julian, con el abrigo al hombro, estaba plantado a mi lado. Ni me había dado cuenta de que estaba ahí por mi estado de concentración—. ¿O te voy a encontrar masticando *post-its*?

Alcé la barbilla y me di cuenta de que Ryder no seguía en su sitio, lo cual me hizo feliz.

—Vamos.

La cafetería olía a sopa del día y a promesas rellenas de carbohidratos. Luces cálidas, pizarras con menús a tiza, y Sasha al frente con su delantal entallado, labios rojos perfectos y coleta alta que desafiaba la gravedad. *Pin-up* moderna: a ella cualquier uniforme le quedaba como si lo hubieran diseñado para pecar.

—¡Mis elfos favoritos! —canturreó al verno—. Hoy toca chilli suave, lasaña *veggie* y mi Pumpkin Latte con la canela exacta para abrir los *chakras* del amor. Gin, te he visto entrar y he puesto la cafetera a trabajar.

Rose Gate

—Eres mi salvación —le sonreí—. Y la de la humanidad..., aunque todavía no lo sepan.

—De nada, mundo —guiñó un ojo y empezó a servir—. ¿Pan de ajo, o te estás portando?

—Pan de ajo —dijimos Julian y yo a coro. Prioridades.

Nos acomodamos en la barra de madera. Sasha dejó mi Latte con espuma en forma de reno (nariz de canela incluida). El de Julian venía con bigote de espuma por contrato. Nos gustaba muy caliente, así se atemperaba mientras comíamos.

—Entonces, ¿cómo ha ido la mañana? —preguntó, dejándome ponerla al día—. Uh... Reunión, jefe *sexy*, jersey con valoración *premium*... —anotó como si fuera el menú del día.

—Ha estado... atento —solté, como quien deja caer una bomba con purpurina—. Me dijo «bonito jersey» al entrar. Y luego lo volvió a mirar. Dos veces.

—¡Wow! —Sasha abrió mucho los ojos—. *Eye contact* x2. En mi tabla es 7/10 en interés romántico, 8 si la mirada baja de hombros a tetas, deberías sacarles más partido en lugar de ocultarlas.

Pasé del tema, nunca me había gustado resaltarlas, por eso casi siempre buscaba ropa que las ocultara o disimulara, no llevaba bien eso de que no me miraran a los ojos al hablar.

—Y me dijo que confía en mí —añadí, ya subida al trineo—. Creo que empieza a..., no sé, ¿fijarse?

Julian sopló sobre el chilli con la paciencia de un gato aburrido.

—Cariño, no te emociones —dijo, tono Pepito Grillo *vintage*.

—Escupe a mi amigo, puto Grinch de Notre Dame.

—Yo solo digo que Ethan no es..., no sé..., tu tipo.

Se me atragantó el pan.

—¿Y tú qué sabrás? Si no te decides ni en si prefieres que carguen a la derecha, a la izquierda, que sean cabezonas o más largas de la cuenta.

Sasha soltó una risotada.

—¡Ahí le has dado! —Me chocó la mano por encima del mostrador, orgullosa.

Julian enarcó una ceja, con esa expresión tan suya.

—Soy Libra, ya sabes, indeciso de manual. A mí hacia dónde apunte la brújula me da igual mientras huela bien, aguante más de cinco minutos y haya aprendido a escuchar en terapia.

—Pues eso —dije, clavando la mirada en mi plato—. Ethan huele rico, creo que aguantará más de cinco minutos y escucha. Me mira como si entendiera mis chistes. Es mi gente. Mi manada.

—Es tu *crush*, que no es lo mismo. Y creo que vuelves a sufrir ataques de *sexlexia*, querida: es mamada, no manada —replicó. Le hice una peineta—. Además, acaba de convertir a Ryder en tu compañero para la fiesta. No sé qué karma has roto, pero el universo te ha mandado deberes.

Bufé.

Rose Gate

—No lo invoques. El diablo siempre sabe cuándo hablan de él. Si la fiesta sale bien, será a su pesar.

—Ryder tiene su punto —Sasha se apoyó con el codo, conspiranoica—. Nivel «odias que te guste». Minimalismo *sexy*, ceja arqueada, manos de «saco 100/10 en cualquier Excel sobre el que te tumbe»...

—¿Cien sobre diez en Excel sobre el que te tumbe? —repetí, horrorizada—. Esa frase debería ser delito federal.

—Bueno, las malas lenguas dicen que la suya la maneja muy bien y que es bastante mandón en la cama —añadió Sasha.

No lo dudaba. Y no pensaba dedicarle espacio mental a su vida sexual; bastante ocupaba ya.

—Si ganas, me llevas de acompañante. Prometo no flirtear con Santa Claus.

—Si gano, me llevo a Ethan.

Julian me señaló con el tenedor.

—¿Y por qué no buscas otro objetivo que vaya más allá de lo bonito que le parezca tu jersey?

—No entiendo por qué no te gusta.

—No es que no me guste. Lo que no quiero es verte llorar dentro de un iglú porque confundiste ojitos de jefe con ojitos de *crush*.

—Aguafiestas —le espeté—. Déjame disfrutar del preludio. A veces, lo mejor de la Navidad es abrir la ventana del calendario sabiendo que dentro hay chocolate. Yo ahora mismo tengo montañas de chocolate en previsión.

—Tú ahora mismo eres caféina en ebullición —corrigió—. Y, nota técnica, Ethan también le dijo «buen trabajo» a Clara el otro día y casi le escribe un haiku al *banoffee*. Es generoso con los halagos, no lo olvides.

—Sí, pero conmigo hay chispa —insistí—. Lo noto. Dijo que confía en mí. Me miró. Dos veces. «Dos». Y «ojitos».

—Yo también te he mirado dos veces y no quieres casarte conmigo ni comerme el rabo —dijo, ofendido.

—No funcionaríamos: no me acuerdo con nadie que tenga mejor pelazo que yo y la chupe mejor —repliqué—. Y tú tienes ambos.

Sasha nos dejó la lasaña y se inclinó, bajando la voz.

—Chisme del día: Mrs. Atkins ha pedido presupuesto para fotomatón con filtros de nieve por orden de Ryder. Si cuela, la fiesta va a pedir besos bajo el muérdago. Aprovecha.

—¿Ves? Universo alineado —dije—. Muérdago, jersey, mirada. Me falta una canción de Michael Bublé y ya lo tengo casi todo.

—¿Ahora te parece buena idea el fotomatón de Pañuelín? —Julian clavó el tenedor—. No vayas a la guerra sin estrategia.

—Mi estrategia es sencilla —levanté un dedo—: no dejar que el témpano me congele, ganar la prima anual, montar la fiesta del siglo y salir en *stories* comiendo caviar en Rovaniemi, porque el salmón me lo habré zampado en la habitación.

—Plan sólido —Sasha aprobó—. Y un vestido con raja y lentejuelas a lo Jessica Rabbit.

Rose Gate

—Lentejuelas no, que el señor 30 caracteres quiere prohibirlas —hice comillas con los dedos—. Pero mientras tenga purpurina, me adapto.

Julian soltó una risita.

—No sabía que existía la purpurina minimalista. ¿Es transparente?

—Se llama «luz bonita» —dije—. Y sí, brilla cuando la luna me alumbra las tetas en una cama con las sábanas desordenadas.

Con ellos me volvía bastante desvergonzada y desinhibida; siempre competíamos por ver quién soltaba la mayor burrada.

Sasha me devolvió la taza con un corazoncito de espuma rehecho.

Detrás, la puerta tintineó como siempre. Entró Nick con su vaso de papel blanco, pidió «negro, sin nada» y ni miró el *display* de tartas. El minimalistómetro marcó récord. Nuestras miradas se cruzaron un segundo, lo justo para que él arquease la ceja y yo recordara que a las cuatro teníamos una cita.

El estómago me hizo un requebro raro. Hasta mis tripas notaban que estaba en problemas.

—Voy a necesitar algo más fuerte que canela —murmuré.

—Olvidate de él y piensa en lo que puedes ganar si lo haces bien —comentó mi amiga.

Rodé los ojos. *All I Want for Christmas Is Rovaniemi* volvió a sonar en mi cabeza. Me colgué la taza del dedo como un arma secreta.

—Tienes razón —dije—. Que se prepare.



Llegué dos minutos antes. Nick ya esperaba con su portátil abierto en una hoja de Excel que parecía una autopista alemana: líneas perfectas, cero curvas.

—Agenda —dijo—: presupuesto, *timings*, proveedores, *dress code*, riesgos.

—Agenda —repetí—: muérdago, música, fotomatón, barra libre, milagros.

—Los milagros no entran en partidas —alzó una ceja—. Empezamos por el *budget*. Tope de gasto aprobado: 15.000\$. Propuesta: alquilar sala de eventos del piso 21. DJ interno. *Catering* frío, formato cóctel. Cero lentejuelas.

—Propuesta realista: salón del piso 21. DJ externo. *Candy bar* con fuente de hielo y de chocolate blanco, eso siempre gusta.

—Solo si tienes cinco años y no has visitado al dentista, o al dietista.

Pasé de él y seguí.

—Fotomatón con nieve artificial. —Lo usé para acercar posiciones, porque ya sabía que era idea suya. Me miró extrañado. «Chúpate esa»—. Este año cero formalismos y vestidos imposibles. Comodidad y concurso de jerséis feos. Y lentejuelas comestibles en el hielo de los vasos.

—¿Concurso de jerséis feos? Es un riesgo reputacional y dudo que las mujeres de esta oficina, salvo tú, apoyen la moción.

—Tu pañuelo bordado es un riesgo reputacional, e igual no lo hacen porque todavía están sujetas a las normas del patriarcado que dicen que debemos

convertirnos en jarrones de exposición en lugar de ponernos lo que nos dé la gana.

Se inclinó hacia mí, con esa calma que me hacía querer morder.

—Desde luego, ese estampado tuyo te da ganas de romper todos los floreros.

«¡Y a mí tu puñetera cara de Adonis!».

—Pasemos a la seguridad: nada inflamable, nada que manche, nada que suponga peligro. Y, por favor, cero purpurina.

—Todo inflamable, todo que manche, todo que suponga felicidad. Y, por favor, purpurina en espray biodegradable.

—No.

—Sí.

Lo vi respirar hondo.

—A ver si te llega: queremos una fiesta, no una verbena del barrio.

—Queremos una celebración, no un velatorio con canapés. Y si hablas de reputación, la tuya está a salvo con o sin espumillón. Nunca haces nada que pueda arruinarla.

—Mi reputación está en mis resultados —dijo, tecleando sin mirarme—. Y, ahora, *timings*. Montaje a las 17:00. Puertas a las 19:30. Cierre a las 23:30. Sin sorteos, sin juegos, sin discursos de más de tres minutos. Me encargo de proveedores.

—Te encargas de aburrir. Me encargo de la magia. Y habrá juegos. Quiero un bingo de villancicos y un *lip sync* bajo el muérdago.

—No voy a aprobar nada que implique a la gente haciendo el ridículo en redes.

—Esto es una revista, no un tanatorio. La gente necesita reír, no velar a sus muertos.

—La gente necesita cobrar la nómina y que RRHH no nos ponga una queja.

Me crucé de brazos. Él me sostuvo la mirada. «No parpadees, Hartley». Aguanté un latido más y me obligué a sonreír.

—¿Sabes qué? Así no se puede —dije, levantándome.

—Aún no hemos terminado —replicó.

—Yo sí. Así no se puede, voy a hablar con el jefe.

Lo dejé con la palabra en la boca y salí de la sala. Crucé el pasillo con pasos cortos y furiosos. «No te gires, no te gires». Me giré. Ahí estaba, siguiéndome, portátil en mano, impecable, insoportable.

Llegué a mi mesa. Mi reino: guirnaldas, *pos-its*, una bola de nieve con reno, dos magazines, un reno cerámico con bufanda torcida, tazas, cables con luces. Dejé la taza y, por supuesto, el reno cerámico decidió suicidarse. Rebotó, cayó sobre el teclado y disparó una lluvia microscópica de purpurina de la bola de nieve.

—Eres caótica —dijo él, sin respirar—. Así nunca conseguirás que te tomen en serio.

—Lo que no consigo es que me dejes respirar. Y, para tu información, el caos creativo ha levantado imperios.

—Y ha roto demasiados *servers*.

—Pues mira: este ordenador sigue vivo —solté, sacudiendo con la mano la purpurina del teclado para después soplarla.

Tecléé para comprobar. Una notificación saltó en pantalla como un conejo del sombrero. Asunto: Ábrelo si te gustan los juegos.

Fruncí el ceño.

—¿Qué demonios es esto?

Nick, por supuesto, tenía la vista de halcón y seguía pegado a mi nuca, leyó en alto:

—«Ábrelo si te gustan los juegos...» —Frunció el ceño—. Ni se te ocurra abrirlo —añadió al instante—. Eso tiene pinta de vir...

Antes de que terminara la frase, ya había hecho clic en el botón izquierdo del ratón.

La pantalla se puso blanca, aparecieron copos animados y, de pronto, una música navideña explotó a todo trapo con un «*ho, ho, ho*» que hizo temblar la planta. Medio piso asomó la cabeza por encima de los monitores.

—¡Te lo advertí! —Nick alzó las manos—. Seguro que ya se te ha metido alguna mierda y un troyano ha penetrado en la revista.

—Aquí el único troyano que hay eres tú —le espeté—, y no penetras nada en mi escritorio. Así que vuelve a tu silla, Pañuelín.

«Vale, quizá tenía razón. Quizá no debí... Calla, Gin».

Intenté bajar el volumen. Nada. Toqué una tecla, otra. El Santa gritó «*ho, ho, ho*» con efecto estadio.

—¿Puedes silenciar esa cosa?! —Nick ya no parecía calmado; más bien en pie de guerra.

—¡Lo he intentado, ¿vale?! —golpeé Esc. Santa subió un tono más.

Apareció, como invocado por el caos, un repartidor de UPS con un paquete tamaño tablero de ajedrez extralargo.

—¿Ginger Hartley? —dijo por encima de los berridos.

«Ginger», no «Gin». Firmé mientras Santa se marcaba un remix. Miré el remitente: nada. Solo mi nombre y la dirección.

—De nada —masculló Nick, inclinándose y desconectando de cuajo los altavoces del monitor. Al fin, silencio.

—Podrías haber empezado por ahí —dije, recomponiendo uno de los mechones que ya no aguantaban más atados.

—Podrías no abrir correos con mensaje de psicópata.

Miré la caja. Tenía un lazo rojo perfecto. Y la bolsa de plástico que lo recubría era de renos... ¡De renos! Sin remite.

—No me digas que has pedido más cosas para el vertedero navideño —señaló mi mesa—. Tu síndrome de Diógenes no conoce límites. Vas a morir ahogada bajo una avalancha de bolas ridículas.

—Mejor eso a que tu entierro esté vacío porque llevas años muerto por dentro —contraataqué, llevándome la caja al regazo.

La giré, buscando pistas. Nada. Lo miré, suspicaz.

—¿Esto es una broma tuya? ¿O trae un virus mortal para sacarme de la prima?

—¿Por quién me tomas? —se cruzó de brazos—. No necesito invertir un solo dólar para ganarte. Ya lo hice el año pasado y voy a repetir.

«Eso era cierto. Me ganó por un clic de última hora. Aunque yo estaba convencida de que sobornó a medio edificio. La primera Navidad que trabajamos juntos gané yo». Tragué.

—Pues lo abro —dije.

—Ni se te ocurra.

Fue culpa suya, había dicho las palabras mágicas. Abrí. Dentro, un calendario de Adviento como nunca había visto: de cartón reciclado con renos estampados, cada ventanita numerada... y, en el centro, un teclado pequeño, con una pantallita que parpadeaba:

«Introduce código del Día 1»

Levanté la vista. Nick tenía la ceja en modo «Vaya, vaya».

—¡Me cago en la puta, Ginebra! ¿A quién has cabreado para que te mande una bomba navideña?

—¡No es una bomba! Es un calendario. Raro, eso sí —pasé el dedo por el teclado—. ¿Cómo se abrirá?

—Ni lo toques.

Ya estaba probando teclas. El cacharro pitó, feliz. Lo sacudí un poco, como si tuviera sorpresa sonora. Nick bufó, agarró el móvil y tecleó.

—¿A quién llamas?

—A Tom Ortega. Por si acabas de cargarte el pan de todos.

—Drama Queen.

Tom llegó tres minutos después con su *lanyard* y su calma de técnico al rescate.

—¿Qué pasa?

—Ha abierto un mail de secuestro navideño —dijo Nick—. Santa nos ha gritado a todos y ahora tiene un artefacto con teclado.

Tom revisó mi pantalla, conectó su USB, tecleó algo.

—No veo tráfico raro ni *malware* —informó—. Solo un *script* que reproduce un audio y deja un mensaje.

—Te lo dije —canturreé, mirándolo a él.

Tom asintió hacia la pantalla. El mail había dejado una línea nueva:

«Bienvenida al juego. Adivina la palabra del día y desbloquea tu primera ventana».

Me incliné sin darme cuenta. Nick volvió a estar a mi espalda, sombra impecable.

—¿Qué mierda es esto? —murmuró.

—¿Puedes dejarme en paz y no espiarme, Pañuelín? —Volví a enderezarme.

—Esa mierda suena fatal. ¿Tu última cita bien, Hartley? Deberías borrarte de esas webs de citas que te traen gente rara.

—¿Hablas de ti? Yo no he necesitado Tinder jamás para ligar.

—Tú no ligas.
—¿Tú qué sabrás?
—Del trabajo a casa y de casa al trabajo. ¿Te suena?
—¿Qué tengo que hacer para que te despegues de mi pantalla? ¿Puedes dejarme en paz?

Me guardé el calendario bajo el brazo, abrí de nuevo el correo. Bajo el «Bienvenida al juego» apareció una adivinanza que parpadeó como una luciérnaga en diciembre:

**«Amo la Navidad, pero nunca la celebro.
Estoy en todas las casas, pero nadie me invita.
¿Qué soy?»**

«Trampa», pensé. «O destino». Alguien sabía que me pirraban los acertijos. Sentí la ceja de Nick respirándome en la nuca. Cerré la tapa del portátil.

—Trabajo creativo —dije, levantándome—. Tú ve haciendo tu Excel. Que yo resuelvo juegos.

—Estamos en horario laboral.

—No he dicho que fuera a hacerlo ahora. ¡Largo!

La pantalla parpadeó: Tiempo restante: 11:59:59.

Se me heló el café; el juego acababa de empezar.





30 de Noviembre

Abrí la puerta de mi piso y el olor a canela rancia del ambientador automático me dio la bienvenida. No recordaba en qué momento había comprado ese aparato infernal, pero seguía disparando esencias cada veinte minutos como si mi casa fuera un centro comercial en plenas rebajas.

Recordé que había comprado un quemador precioso para *melts*, de un reno monísimo en la web de Nicole's Glow. —Escuchamos pero no juzgamos, sí soy un pelín obsesiva con ciertos animalillos con cuernos—. Con un poco de suerte, las minigalletitas de jengibre hechas con cera vegana, *cruelty free*, ahuyentarían aquella pesadilla devolviendo la calidez a mi hogar.

Antes de poder colgar el abrigo, un salto felino atravesó el pasillo. Rudolf aterrizó en el mueble de la entrada con la gracia de un *ninja*... indignado. Bufó, como si llevara horas esperando mi regreso para recitarme su lista de quejas, y de un coletazo derribó la foto familiar que siempre dejaba allí.

—Genial, Rudolf, gracias por tu aportación al *feng shui* —murmuré, agachándome para rescatar el marco.

La foto tenía ya un cristal arañado por culpa de anteriores accidentes gatunos. Aparecíamos todos: papá con su camisa de cuadros, mamá con un jersey de lana que probablemente ya ni existiera porque ella los iba regalando con nombre propio; Daniel, con su sonrisa de hermano mayor satisfecho; Laura abrazando a Olivia; mi hermana pequeña, Amy, aferrada a una de sus novelas, y yo..., la oveja navideña con orejas de reno en la cabeza. Siempre que la miraba sentía una punzada: de cariño, de nostalgia, y también de culpa por no visitarlos tanto como me gustaría.

Mi gato maulló con el tono de un tenor dramático, recordándome que el hambre lo estaba consumiendo.

—Sí, sí, ya voy. No vaya a ser que los vecinos llamen a protección animal por maltrato vocal —dije, dejando el bolso y recolocando la foto en su sitio.

Me descalcé en la entrada, disfrutando del alivio de liberar mis pies de los botines. El suelo frío me hizo avanzar rápido hacia la cocina, mientras Mr. Fechorías trotaba a mi lado como un guardaespaldas peludo que exigía resultados inmediatos.

Abrí un armario y saqué una lata de salmón. En cuanto la rasgué, el gato empezó a babear, ese espectáculo grotesco que siempre me hacía dudar de si lo había estropeado de tanto mimarlo.

Mientras servía la comida, pensé en cómo había llegado a mi vida. La vecina del bajo había regresado de vacaciones y se había encontrado a una gata muerta con una camada recién parida. Llorando, pidió ayuda a los vecinos para salvar a los gatitos. Yo, que apenas llevaba un mes en este edificio, terminé con el michi más diminuto y pocas probabilidades de sobrevivir en brazos y la sensación de que me había convertido en madre primeriza de un animal con cero posibilidades y un doctorado en maullidos.

—Ni visitas, ni novios, ni paz mental. Todo eso te lo cargaste tú, Rudolf —le dije, acariciándole la base del rabo, justo donde se transformaba en una fuente babosa.

Lo dejé con su cena y me encaminé al baño. La ducha me envolvió con vapor caliente, y sentí que el estrés del día se escurría por el desagüe. Mientras me enjabonaba, recordé el correo del calendario, el código que no había funcionado y la cara de Nick repitiéndome que podía ser un tarado. No quería darle la razón, pero lo cierto era que esa frase llevaba persiguiéndome todo el camino a casa.

«No pongas en riesgo a tu gato ni a tus vecinos», me dije, así que no me lo llevé pese a haber resuelto el acertijo y tener el código de seis dígitos que debería abrir la ventanita a partir de medianoche.

Maldito Ryder. Ahora a ver quién dormía por el comecome.

Apagué el agua, me sequé rápido y me enfundé en mi mono de reno: pijama peludo, orejas incluidas, y unas pantuflas a juego que hacían flop, flop por el pasillo. Era la prenda más vergonzosa de mi armario... y la más reconfortante.

En la cocina, saqué del congelador dos *pizzas* de emergencia. Mientras el horno precalentaba, encendí mi *playlist* de villancicos: Mariah Carey, Wham!, Michael Bublé... La santa trinidad del espíritu navideño. Puse a sonar *Last Christmas* y sentí que el apartamento entero recuperaba vida.

Saqué mi precioso quemador de la cajita. Prendí una vela y coloqué un par de *melts* esperando que se derritieran. El aroma dulce empezó a extenderse por el aire y supe de inmediato que había hecho una gran compra.

Cuando el horno pitó, el timbre de la puerta sonó al mismo tiempo, como si mi vida hubiera entrado en modo multitarea.

—Prioridades: salvar la cena primero, abrir a los amigos después —murmuré, sacando las *pizzas* justo cuando el emperador gatuno que lideraba el apartamento se subía al respaldo del sofá para vigilar la puerta como un centinela indignado.

El olor a mozzarella invadía el pasillo. Sasha estaba ahí, enfundada en su abrigo de vinilo rojo, sosteniendo un par de botellas de vino como si fueran un trofeo olímpico. A su lado, Julian cargaba una bandeja de *sushi* con la misma solemnidad de un cirujano que lleva un corazón a trasplante.

—Emergencia aceptada —anunció Sasha, entrando sin esperar invitación.

Eso es lo que les había tecleado en el grupo para que se presentaran en mi puerta una hora después de haber terminado el trabajo.

—¿A qué hueles? —dijo Julian, besándome en la mejilla y husmeando mi pelo con teatralidad. Después desvió la mirada hacia la barra de la cocina—.

¿*Melts* de jengibre? Cariño, tu casa huele como si Hansel y Gretel hubieran montado un Starbucks.

—Y tu *sushi* huele como si me estuvieras llamando mala anfitriona —repliqué, cerrando la puerta.

—Sin acritud, sabes que odio tu *pizza* congelada

Rudolf, por supuesto, hizo su entrada triunfal: bufido corto, salto acrobático al sofá y huida digna de diva ofendida.

—¿Y todavía te preguntas por qué no te acuestas con hombres? —preguntó Julian, quitándose el abrigo con una mueca—. Ese gato es tu mayor método anticonceptivo.

Me giré con la espátula de la *pizza* en la mano.

—Y eso que no sabes lo que pasó con el último tío.

Sasha arqueó una ceja.

—Cuenta.

Suspiré. Ella fue directa hacia el abridor para descorchar las botellas, mientras Julian depositaba la bandeja en la mesa e iba a por las copas.

—Lo pasamos bien, todo normal..., hasta que salió de la ducha en bolas. Rudolf confundió sus pelotas con las del árbol o su polla con un rascador, no estoy segura. El caso es que saltó, se le enganchó y lo mordió. Mis vecinos pensaron que lo estaban degollando, y él casi me denuncia.

Julian se atragantó con el vino que acababa de servirse.

—Por favor, dime que tienes cámaras de seguridad y todo eso quedó grabado.

—No, pero me lo guardo en la memoria para los momentos bajos. Por eso me he pasado a la autosatisfacción a batería: cero problemas, cero denuncias, orgasmo en segundos.

Sasha aplaudió como si acabara de oír un monólogo de *stand-up*.

—¡Brava! Así se habla. Aunque es un poco triste.

Julian rodó los ojos.

—O podrías dar a esa bestia parda en adopción en lugar de pasarte al sexo en lata.

Le señalé con la espátula.

—Mi gato es sagrado. Prefiero a Rudi antes que renunciar a él.

Sasha se inclinó hacia mí, curiosa.

—Vale, pero, entonces..., ¿cuál era esa emergencia? Porque había una, ¿no?

—¿Por quién me tomas?

Nos sentamos alrededor de la mesa con las *pizzas* aún humeantes y el *sushi* estratégicamente apartado para que Rudolf no decidiera asomar la garra y probarlo. Les conté lo del correo, el calendario, el código que no funcionaba y, sobre todo, las palabras de Nick retumbando en mi cabeza sobre alguien amenazando mi integridad física.

Julian apoyó el codo en la mesa y me miró con cara de «te lo dije».

—Sin que sirva de precedente... Estoy con Ryder: eso tiene toda la pinta de ser obra de un tarado, quizá el tío del gato.

—Yo no —dijo Sasha, bebiendo un sorbo de vino—. Para mí es un admirador secreto, y seguro que del trabajo. Gin no publica sus datos privados

en Internet. ¿Cómo iba a saber alguien dónde curra? ¿O se lo dijiste al de las bolas rascador?

—No. Sabéis que odio hablar de curro fuera de la ofi, así que nadie sabe que soy redactora en *Glow & Co.* —admití con un suspiro—. Aunque lo de admirador... No sé... Yo no ligo.

Quisiera reconocerlo o no, las palabras de Nick me habían tocado y hundido. Julian dejó la copa y me miró con seriedad inesperada.

—Porque no quieres. Eres guapa, lista, divertida..., y muy *sexy* cuando te lo propones. Siendo franco, los jerséis navideños, las gafas de pasta y tus orejeras de reno no juegan a favor. Podrías sacarte más partido si te lo propusieras.

—¡Son calentitas! —me defendí cuando vi cómo sonreían los dos—. Y odio tener las orejas frías.

—Estoy con Julian en algo —añadió Sasha—. Seguro que más de uno se muere por arrancarte el jersey y descubrir la sorpresa que habita debajo.

La imagen me golpeó sin permiso: Nick, sin camiseta, con ese pantalón siempre demasiado bien planchado bajando obscenamente de la cadera, tirando de mi suéter mientras ese ridículo pañuelo con sus iniciales bordadas me impedía verle la cara al estar anudado detrás de mis ojos. Su aroma a caro y a indecente alcanzando mi nariz. Su aliento cálido e infernal rozando el lóbulo de mi oreja. «Estaba deseando arrancártelo», me susurraba al oído.

Sacudí la cabeza como si pudiera expulsar el colapso neuronal. No, no, no. Ryder no era material para fantasías a no ser que implicaran puñales, estacas y seres que aniquilar.

—Lo que está claro —dijo Sasha— es que tiene que ser alguien que te conozca bien. Sabe que te gustan los acertijos, la Navidad y el papel de renos.

Una chispa de esperanza se encendió en mi pecho.

—Tiene que ser Ethan.

Julian casi escupió el vino.

—¿Otra vez con lo mismo? Puedes dejar ya de fantasear con él. Toda la oficina sabe que te gustan esas cosas, incluso yo.

Lo miré con sospecha.

—¿Has sido tú?

Luego miré a Sasha.

—¿O tú, para levantarme la moral?

—¡Qué va! —Rio Sasha.

—Yo tampoco —añadió Julian alzando las manos.

Sasha sonrió como quien ve venir la diversión.

—Te digo que huele a admirador. Lo que necesitamos es papel y boli para elaborar una lista. Tráelo, que me flipa el Cluedo del amor.

Me levanté resignada mientras ellos se frotaban las manos. Aquella noche, entre *pizza* medio quemada, *sushi* exquisito y vino de dos cifras, iba a dar para rato.

Empezamos a escribir la lista de sospechosos como si estuviéramos en una partida, solo que, en lugar de resolver un asesinato, intentábamos descubrir quién había decidido poner mi vida amorosa patas arriba con un calendario de Adviento.

¿Y quién había dicho que se tratara de amor? ¿Y si era de alguien de mi familia?

Para despejar la duda, les pedí que me dieran un momento y tecleé en el grupo de la familia.

Ginger 🦌

¿A Alguien le ha dado por mandarme un calendario a la ofi? 🤔

Los noes cayeron en racimo y, antes de que derivara en una conversación para la que no tenía respuestas, les puse que mañana hacíamos una videollamada nocturna por FaceTime y nos poníamos al día alegando que debía ser mi regalo del amigo invisible.

Regresé a la mesa con una ronda de chupitos de *Cinamom roll*.

Dejando un cuaderno encima de la mesa y repartiendo bolígrafos como si estuviéramos en una reunión de la ONU.

—Que quede claro: esta lista es seria. Nada de tonterías.

Sasha se acomodó en la silla sirviendo la primera ronda.

—Oh, cariño, las tonterías son mi especialidad, pero vale, voy a tomármelo en serio.

Julian ya había dibujado un corazón en la esquina del folio.

—Yo voy a tomármelo como el *casting* de un *reality*. «¿Quién quiere casarse con mi amiga la de los jerséis horribles?».

—¡No son horribles! —me defendí.

—Son ofensivos para la retina —dijo él, sin levantar la vista—, aunque si a ti te gustan..., nada que decir.

—Concentraos —bufé, y escribí en grande en la primera línea: SOSPECHOSOS.

—Número uno: Ethan, el jefe *buenorro* —anunció Sasha, levantando el dedo.

—Obvio —dije yo, anotándolo y poniendo corazones alrededor—. Siempre me dice que le gustan mis jerséis y está muy atento a mis chistes sin gracia.

—Eso no significa nada, cielo. A lo mejor solo quiere que sepas que los llevarías mejor... en la hoguera —rio Julian.

—Es un hombre elegante —protesté—. Y me sonríe como si fuéramos cómplices. Él entiende mi estilo atemporal.

—O quizá ves amor donde solo hay amabilidad —dijo Julian, dando un sorbo a su copa y pasando del chupito.

Sasha me guiñó un ojo.

—Olvidate de él. Yo le veo potencial. No descartemos que debajo de ese traje haya un calendario de bomberos esperando salir y que le cojas la manguera para extinguir tu fuego.

—¡Siguiente! —corté, porque ya estaba roja como un tomate.

—Nick Ryder —dijo Julian con dramatismo, escribiéndolo él mismo en letras mayúsculas y subrayado.

—¡Ni de broma! —solté demasiado alto.

—Por eso mismo es perfecto —canturreó Sasha—. Sería muy de su estilo jugar a despistarte, hacerte creer que te odia mientras en realidad quiere arrancarte el suéter. Me gusta tu apuesta, Julian.

Me atraganté con el segundo chupito.

—No quiere arrancarme nada. Como mucho, arrancarme del equipo. Y estaba tan sorprendido como yo.

—O quizá se lo hizo... Ese hombre es un gran estratega y un desconocido para la mayoría. ¿Algún compañero o compañera ha ido a su piso? ¿Alguien lo ha visto con una novia o con amigos?

—Yo sé de una chica que se lo tiró, pero se la llevó a un hotel de los caros... —comentó Sasha—, me dijo que fue un polvo fantástico, pero que él le dejó claro que solo sería una noche.

—Al menos, no terminó descuartizada en su sótano. Seguro que, si hubiera sido virgen, se habría bebido su sangre.

Escribí solo su nombre para tacharlo

—¿Y si tanto odio le ha hecho que le apetezca meterse en tu cama? —preguntó Sasha con toda la maldad del mundo.

—¡*Next!* —apuré, notando un sofoco extraño en mi entrepierna.

Seguro que era gonorrea, un aviso de mi chichi de lo que ese ser de azufre podía pegarme si se me ocurría esa brillante idea.

El único modo de que fuera él sería que quisiera mantenerme alelada, pensando en el jueguecito en lugar de la prima, lo cual tampoco era una idea que descartar... Lo reservaría en mi mente.

Nick Ryder era un estratega de la leche.

Julian se rio.

—Lucy, la asistente del jefe. Discreta, detallista... Seguro que tiene la agenda organizada por colores.

—¿Lucy? —fruncí el ceño—. Pero si siempre me guarda tarta de cumpleaños en la nevera, ¿le van las chicas?

—Hoy en día nunca se sabe, tal vez quiera probar. Detalle aquí, detalle allá..., y, de repente, pum, calendario secreto —dijo Sasha.

—Además —añadió Julian, bajando la voz—, ¿quién te dice que no sea lesbiana? Igual está coladita por ti y no ha salido de la despensa —se encogió de hombros.

Me quedé un segundo en silencio, procesando.

—Lucy no. Ella... ella no, aunque el otro día me trajo una galleta cuando vio que Pañuelín...

Ellos se miraron con cara de «ajá».

—No, no, no, imposible...

—Eso es cerrarse ventanas a lo desconocido y negación nivel uno. ¿Te has liado alguna vez con una chica? —preguntó Julian.

—Jamás.

—Yo sí, en el instituto e hicimos cositas, no estuvo mal —confesó Sasha.

—Ahí lo tienes, hay que probar...

Yo bufé.

—Tom, el friki de tecnología —continuó mi amiga.

—Ese sí que podría haber montado un calendario digital en dos tardes —admití.

—Y en la tercera tarde ya habría *hackeado* tu Spotify para que solo sonara Michael Bublé —rio Julian.

—Leo, el diseñador tímido —propuse yo, pensando que tenía una cara agradable.

—¿El becario que se pone rojo cuando le pides una grapadora? —preguntó Julian.

—Ese mismo.

—Sería muy *plot twist* que resultara un Romeo encubierto —asintió él, encantado.

—Clara, la *foodie* —dije, anotando sin ganas la posibilidad de que tuviera que explorar al otro lado de la calzada.

—Oh, sí —canturreó Sasha—. La de los pasteles de «te traje porque pensé en ti». Demasiado sospechosa, y esa sí que es lesbiana.

—Por favor —resopló Julian—. Clara es más de declararle amor eterno a una magdalena que a una persona.

—Peter Grant —añadí, con un escalofrío.

—¿El salido de contabilidad? —preguntó Sasha, horrorizada.

—Casado con la de RRHH por mucho que quieran llevarlo en secreto y ella no se cambiara el apellido por política de empresa —aclaró Julian, teatral.

—No, no, no —me tapé la cara con las manos—. Si es él, me muero.

—Chris, el de Social Media —propuso Sasha, entusiasmada—. Ese vive en TikTok, fijo que ha montado esto solo para viralizarlo o porque le gustas, si lo piensas bien, y le quitas la grasa del pelo, es mono.

—¿Y Valeria? —dije, mordiéndome el boli. ¿Por qué había entrado en bucle con las chicas? ¿El universo me estaría enviando una señal?—. Se aburre y le encanta el drama.

Hicimos una pausa. La lista ocupaba ya media página y tenía desde mi *crush* oficial hasta opciones que me daban escalofríos.

Julian se reclinó en la silla. Pasamos buena parte de la noche elaborando teorías descabelladas hasta que los ojos me empezaron a pesar.

—Pues ya está. Tienes un menú degustación de sospechosos digno de Netflix.

—Exacto —rio Sasha—. «El Cluedo del amor: versión Glow & Co».

Los miré, sintiendo el vértigo de tener mi vida amorosa convertida en un juego de mesa improvisado. Y, aunque quería que todo fuera una tontería, había una parte de mí que no podía evitar pensarlo. ¿Y si de verdad alguien estaba detrás del calendario, vigilando cada jersey, cada café, cada detalle navideño que me definía? ¿Y si ese alguien, en lugar de ser un tarado, simplemente estaba loco por mí? ¿Sería tan descabellado? ¿Cuál era el propósito del calendario?

Rose Gate

La sombra de Nick volvió a planear por mi mente y la aparté de un bufido, el mismo que lanzó Rudolf anunciándoles a mis amigos que o se iban ya, o se liaba a zarpazos. Me despedí de ellos en la puerta.

—Gracias por pasaros.

—Para eso estamos —musitó Sasha.

Tanto ella como Julian me dieron un abrazo y yo me fui a la cama. Ya recogería mañana.



¡Por fin había descifrado los códigos y abierto todas las ventanas, la última me había llevado a una habitación de hotel!

Las reglas eran claras, debía esperar ahí. En mitad de una habitación, paredes claras, una cama enorme y, sobre la cómoda, el calendario de Adviento con sus ventanitas numeradas mirándome como ojitos curiosos. No podía llevar las gafas, así que todo era un borrón suave, como si alguien hubiera pasado un dedo por encima de la pintura aún fresca. Me di cuenta entonces de que me había olvidado de ponerme el pantalón y solo iba vestida con mi jersey de la mañana: uno rojo, con renos bailando en fila. Nada debajo. El aire me rozaba los muslos y la piel me hormigueaba como si hubieran encendido un árbol de Navidad bajo ella.

—¿Hola? —pregunté—. ¿Quién eres?

No hubo respuesta. Solo el crujido leve de una tabla, el susurro de tela moviéndose y unos pasos detrás de mí. Sentí dos manos acercarse a mi cintura. No me tocaron todavía; jugaron con el borde del jersey, con esa distancia mínima que no era crueldad, era ritual. Me mordí el labio. «No tengas miedo —me dije—, esto es justo lo que querías».

Las caras de todos los candidatos pasaron por mi mente como *post-its* lanzados al aire. ¿Cuál de todos sería?

Entonces lo olí. Cítrico y marino. Fresco, limpio, de esos perfumes que están ahí pero no gritan. Mi pecho se aflojó y sonreí sin querer.

—Sabía que eras tú desde el principio —dije en voz baja.

—¿En serio? —respondió la voz... y cambió.

El timbre se volvió más oscuro, un punto especiado que rozó mi oído como un secreto indecente. Y las manos también cambiaron: más seguras, más firmes. Me guiaron un paso hacia atrás, hasta que noté un torso duro en mi espalda y, un poco más abajo, una evidencia que me hizo contener la respiración. Era calor a través de la lana, un lenguaje sin palabras.

—Voy a beberte entera, Ginebra... —susurró.

«Sí», pensé. No era miedo. Era una oleada de anticipación que me sacó un «ah» silencioso.

Algo sedoso rozó mi mejilla. Un pañuelo. Lo reconocí por el tacto: fino, mimado. Sentí el nudo detrás de mi cabeza, cubriéndome los ojos con una suavidad que me dejó temblando.

—¿Qué haces...? —pregunté, aunque ya lo sabía.

—Te gusta acumular cosas y a mí hacerte regalos, el de hoy será muy distinto y te hará gemir —dijo, y la palabra me recorrió como un dedo lento desde la nuca hasta el ombligo.

El mundo se volvió negro y brillante, como una sala de cine donde solo importara la pantalla de mi piel. El jersey fue cediendo pulgada a pulgada, subiendo apenas, lo suficiente para que el aire frío y sus dedos tibios me arrancaran un escalofrío. «Estoy aquí —pensé—, y lo quiero». Mis caderas buscaron las suyas sin que yo diera la orden, traicionándome y dándome la razón a la vez.

—Sabía que te gustaría el juego, que no te resistirías —murmuró, y una mano descendió con una calma que me desarmó, reconociendo curvas sin prisa, como si leyera un mapa que ya había memorizado.

«Dios...», me oí dentro. La boca se me secó. Noté cómo mis piernas se separaban por instinto, un «adelante» en clave Morse.

Las ventanitas del calendario se abrieron solas —o eso creí—, una tras otra, en una hilera de clics que parecieron sincronizarse con mi respiración. Detrás de cada número, había renos diminutos y cápsulas de café y papelitos con frases que no alcanzaba a leer. Me volví loca por ver... y no ver. Por reconocer y no reconocer.

—Mmm... —La voz sonó más cerca, casi saboreándose—. ¿Quieres que me coma tu galletita de jengibre y la unte en ti?

La carcajada me trepó a la garganta y se convirtió en un gemido. «Sí». La palabra no salió, pero estuvo. Estuvo en mis hombros tensándose, estuvo en el arco de mi espalda pidiendo más, estuvo en la forma en que apreté los dedos contra mis caderas. Quise perderme. Quise dejar de pensar en códigos, en ventanas que no se abrían, en opiniones ajenas, en «cuidado con el tarado». Quise arder en el infierno de mi rival.

Las manos jugaron conmigo. Caricias descaradas que obviaban mis zonas más necesitadas. «Sigue —recé por dentro—, sigue». Los dedos bajaron por mi vientre —nunca fui plana ahí, me quise así en esa curva— y noté su aliento rozarme la mejilla. Olía a tormenta. A Navidad sin niños. A pecado bien envuelto.

—Dime quién eres —pedí, sin convicción, porque ya sabía la respuesta.

—Te lo estoy diciendo —respondió, y el pañuelo con iniciales rozó mi nariz. Lo noté. Lo supe. «Ryder», pensó una parte de mí, y otra gritó «Ethan», como si aún pudiera ganar el partido. Un tercer trocito de cerebro dijo: da igual, disfruta.

Sus manos —esa mezcla de precisión y paciencia— dibujaron caminos que deliberadamente esquivaron lo que tanto anhelaba. Eso me hizo vibrar aún más. «Qué cabr...», pensé, y me reí. Y esa risa se volvió un quejido cuando una palma grande encajó mis caderas con las suyas de nuevo, y sentí la promesa contra mí, firme, exacta.

—Dime si quieres que pare —susurró. Debería pedirlo, debería...

No lo dije. No en mi cabeza, no a medias. No.

El silencio se hizo profundo, como la nieve antes de hundir el pie. Entonces él habló, bajito, con una sonrisa en la voz.

—*Ho, ho, ho. Ho, ho..., ho.* Feliz Navidad, Ginebra.

Parpadeé. El sonido no venía de su boca. Rompió la habitación como una alarma feliz y ridícula que salía de mi teléfono.

«¡Mierda!».

¡¿Cómo se me ocurría tener un sueño húmedo con...?! Me dio una arcada.

Ho, ho, ho. Ho, ho, ho...

Palpé hasta alcanzar el móvil y detener la alarma.

Me puse las gafas incluso sin abrir los ojos.

El mundo volvía a ser mi dormitorio de siempre, con su pared de luces led, mi jersey arremolinado a media altura, Rudolf sentado en la mesita con la mirada de «¿cómo te atreves a dormir mientras el universo conspira contra mi hambre?» y el móvil vibrando con mi alarma navideña.

Me quedé boca arriba, jadeando, con el corazón como un reno en maratón y la piel encendida en todos los puntos cardinales.

—Me estáis vacilando —le dije al techo, a Rudolf, a Mariah Carey, a quien tocara—. Me estáis vacilando fuerte.

Me cubrí la cara con el cojín. Una risa derrotada se me escapó por debajo.

«Ethan», suspiró una parte de mí, aferrándose a lo cítrico y lo marino como a un salvavidas.

«Ryder», dijo otra, con el regusto especiado todavía a la altura del cuello.

«Estás perdida», concluyó la tercera, que era la lista de sospechosos con patas, sentándose a los pies de mi cama.

«¡Ni de puta broma!», me quejé abatida.

Rudolf bufó, saltó al colchón y me pisoteó el esternón con la sutileza de un elefante en patines. Le rasqué la base del rabo por reflejo, y empezó a babe... Bueno, lo suyo.

—Vale —rendida, miré al techo otra vez—. Esta noche no pienso cenar *pizza* congelada ni beber más de la cuenta, que después tengo pesadillas.



Llegué a la oficina con la resaca erótica de aquel maldito sueño. Mi cerebro intentaba apartar a Ryder de la ecuación y yo me repetía que lo que se me había clavado por la espalda no era su erección, sino un puñal que terminaría hundiéndome para convertir aquella abominación en pesadilla.

En el bus, intenté distraerme con artículos sobre guirnaldas y algún meme gracioso, pero mi mente era un karaoke de gemidos silenciosos.

En la entrada del edificio, una bola del gran árbol de Navidad, tamaño sandía, para hacerle justicia, rodaba por el suelo. Me agaché, dispuesta a recolocarla. Sería mi buena obra del día.

Me puse de puntillas. Nada.

Un salto pequeño. Tampoco.

Me lancé como si fuera un triple de la NBA y el tronco del árbol se venció hacia mí como un gigante verde con ganas de aplastarme.

«Aquí murió Gin Hartley, apisonada por su espíritu navideño».

No tuve tiempo de reaccionar. Unos brazos fuertes me agarraron de la cintura y me arrancaron de la trayectoria del desastre justo antes de que el árbol se desplomara con un estruendo monumental.

El calor me rodeó. El olor, también. Y, por un segundo, el *déjà vu* de mi sueño me cruzó las piernas de deseo.

Recé: «Que sea Jerry, el de seguridad».

No. No era Jerry.

Era Nick Ryder.

El imbécil.

—¿Por qué demonios me coges? —lo empujé, demasiado tarde.

—¿Para librarte de una muerte segura? ¿O es que querías suicidarte? —arqueó una ceja con su calma irritante.

El árbol yacía en el suelo, las luces parpadeando como si también hubieran sufrido un infarto.

—¿Qué te pasa? ¿A primera hora y ya vas... beoda?

—¿De boda?

—Beoda, mamada —añadió, con esa sonrisa cínica que me daba ganas de morderle.

«Mamada...».

Mis ojos volaron, involuntarios, hacia su entrepierna.

«No, no, no. Ni de coña», me reprendí, alzando la barbilla como si no hubiera pasado nada.

Él ladeó la cabeza, intentando descifrar el motivo de que le hubiera mirado la polla.

—Estás de lo más rara. ¿Es por el calendario?

—¡Que me dejes! —Salí corriendo hacia el ascensor y me colé dentro justo antes de que las puertas se cerraran en su jeta.

«¡Chúpate esa, Pañuelín!».

Llegué a mi escritorio con el corazón tratando de escapar por mi boca. Encendí el ordenador, busqué el *post-it* donde había anotado el código del día que me salió tras teclear la respuesta correcta: La vela del centro de mesa. Con manos temblorosas, fui a por el calendario para presionar los dígitos. Cerré los ojos, convencida de que quizá esa sería la última vez que veía mi mesa intacta.

Pero el mundo no explotó.

Solo sonó un clic suave.

Abrí la ventanita del calendario, que se entreabrió automática, y dentro encontré un precioso reno de edición coleccionista, con detalles dorados en las astas, que pisaba una notita doblada.

En ese instante, mi némesis entró como un vendaval.

—¿Has abierto esa cosa? Joder, ¡podríamos haber muerto todos!

—Ojalá tú sí y así hubieras vuelto al hogar del que nunca debiste salir. Papá Satán debe de echar de menos a su primogénito. ¿Por qué no vas en busca del alma pura de un recién nacido? —murmuré, apretando la nota contra el pecho.

Él bufó.

—La próxima vez, que te salve tu tía la del pueblo.

—La avisaré, gracias.

Lo ignoré tras el desplante y desplegué la nota. Las palabras me golpearon con una calidez inesperada:

«Me gusta que nunca escondas tus ideas. Tu forma de ver la vida convierte lo ordinario en pasión desmedida. Ojalá más gente te viera como yo lo hago».

La sonrisa se me escapó sola, tierna, imposible de controlar. Era precioso. Demasiado bonito, demasiado sincero para provenir de alguien como Ryder, que odiaba mis artículos y mi concepción del mundo. Aquello tenía que venir de Ethan. Encajaba con él: el jefe amable, elegante, capaz de apreciar mi ropa y mi forma caótica de ver el mundo.

La esperanza volvió a prender en mi pecho, fuerte, luminosa.

Nick, mientras tanto, seguía farfullando algo sobre protocolos de seguridad y riesgos laborales, pero su voz se fue apagando hasta convertirse en ruido de fondo.

Yo solo podía pensar en la nota, en el reno dorado...

Y en que, por primera vez en mucho tiempo, la Navidad podía traerme algo más que trabajo y *pizza* congelada.

—¿De qué te ríes? —La voz de Ryder me sacó del trance.

Me giré aún con la sonrisa atrapada en los labios.

—No te importa.

Él ladeó la cabeza, ojos verde caribe fijos en mí.

—No jodas que es por esa estúpida nota.

—Mi nota no tiene nada de estúpida. —La defendí como si acabara de escribirme Shakespeare en una servilleta perfumada.

—¿Qué pone?

Lo evalué en un segundo. ¿Y si realmente estaba detrás del calendario? Aquello sería un juego cruel para desestabilizarme.

Lo miré. Me miró. Hundí más mis ojos en él con suspicacia... Pensar en lo que compartimos anoche, en mi deseo...

«Mierda», pensé, apretando las piernas bajo la mesa, como si pudiera exprimir las imágenes fuera de mi cabeza, de mi boca escapó un ruidito extraño, mitad gemido mitad jadeo.

—Lo sabía —continuó él—. Debe ser ántrax. O ébola. Los impregnan en las notas para desatar el caos con una epidemia. —«Tú sí que impregnas donde no deberías». Ya empiezas a tener los primeros síntomas. A la mierda la puta prima, voy a llamar a seguridad nacional y que evacuen el edificio.

«Si ya lo sabía yo que él no podía ser», pensé, exasperada.

Me levanté de golpe.

—No vas a llamar a nadie.

Llegué al campo enemigo antes de que descolgara el teléfono, y entonces ocurrió: mi mano se posó sobre la suya para impedir la llamada. Su piel contra la mía. Su calor atravesándome como un puñetero río de lava.

Un segundo de más. Solo uno. Suficiente para que mi estómago se agitara y notara cierto líquido que jamás tendría que haber estado en ese lugar.

«El chichi no puede hacerme aguas. ¡No por él!», me reñí.

Aparté la mano como si me hubiera quemado.

Nick me observó, extrañado, con esa intensidad que empleaba para que media oficina se quedara en silencio y babeando.

—¿En serio... esta mañana no te has pasado con el alcohol, Giny?

Lo dijo de una manera que me hizo tragar saliva.

Su timbre de voz no era apto para menores de veintiuno, y de dieciocho ya ni hablamos. Seguí el movimiento de su nuez sin poder evitarlo, bajaba y subía al hablar. Era absurdo. Hipnótico.

«Pero ¡¿qué diablos?!», me reproché.

Cerré los ojos. Cogí aire y lo solté con fuerza.

—Solo... —me inventé la excusa más tonta que encontré—. Estoy. Intentando. Alinear. Mis. Astros. Para. No. Desatar. Una. Tormenta. Espacial.

—¿Tus astros? —repitió, alzando esa odiosa ceja con descaro. Parecía divertirse mucho la situación.

—Sí. A veces se me cruzan. —Me mordí el labio. Mal movimiento. Porque entonces sus ojos viajaron a mi boca y los míos a la suya. La misma que anoche, en mi sueño, había estado rozándome el cuello y haciéndome desear que...

«¡Basta! ¡No era Nick, era un maldito espejismo! La puta serpiente y manzana juntas, listas para expulsarme del paraíso de Glow & Co».

—¿Ginebra...? —Su tono era fuego líquido. Me revolvió hasta los huesos.

«¡A la mierda!».

—Voy a por un café. Creo que el de mi casa tenía la cafeína caducada.

Me di la vuelta con torpeza y salí prácticamente corriendo hacia la cafetería. Necesitaba aire. Necesitaba espacio. Y, sobre todo, necesitaba un Spice Latte preparado por Sasha para recordarme que el enemigo seguía siendo el enemigo, aunque tuviera ganas de saltarle esos botones a bocados y que me hiciera arder en el mismo infierno que él.



3

Capítulo



1 de Diciembre

Bajé a la cafetería con la dignidad pegada con celo. «No mirarás su boca. No pensarás en su nuez. No te excitarás por el enemigo». Mi cerebro asentía; mi cuerpo hacía un *unfollow* histórico.

Mi sentido común parecía haberme hecho *ghosting* y necesitaba recuperarlo.

Sasha me vio cruzar la puerta y levantó la nariz como quien detecta un incendio en un depósito de gasolina

—Spice Latte XL con canela cuántica para días que amanecen nublados, marchando —canturreó, ya espumando leche—. ¿Qué ha pasado para que vengas a verme antes de las nueve? Tienes cara de «me empotraron contra la realidad».

—Mi película vital se ha convertido en *Destino Final*. El árbol de la entrada casi me mata. —Me dejé caer en la barra—. Literal.

—¿Otra vez? —Me miró como si yo fuera un imán de tragedias navideñas. Vale, puede que el año pasado me librara por los pelos—. Cuenta.

—Se venció cuando intentaba recolocar una bola y... —tragué—. Ryder me salvó —mascullé cargadita de vergüenza.

—¡OMG! —Sasha apoyó ambas manos en la mesa—. ¿Te tocó?

—Demasiado.

—¿Una teta?

—No tanto.

—Eso explica tu cara. Si lo hubiera hecho, ahora estarías más contenta.

Bebí un sorbo, intentando ignorar cómo se me abrasaba la lengua, lo tenía merecido.

—Salí huyendo en cuanto me deshice de su agarre. Las puertas del ascensor se cerraron en sus narices. Y luego se puso en modo CSI paranoico con lo del calendario. Ha dicho ántrax y ébola en la misma frase.

—Qué *sexy*. —Rodó los ojos—. ¿Y tú qué has hecho?

—He vuelto a tocarlo y... Deberían haberme salido ronchas o algo, ¿no? —Miré la palma—. Bueno, lo cierto es que aún me hormiguea.

Sasha clavó la mirada, esa que atravesaba como escáner de aeropuerto.

—A ver, radarcito: tensión sexual no resuelta en nivel *DEFCON 1*.

—Cero —negué—. Menos diez. No pienso en él. ¡A mí me gusta Ethan!

—Claro. Y yo no me delinee los labios cada mañana. —Apoyó el codo—. Una cosa es que con Ethan quieras casarte y la otra que no fantasees con Ryder

en tu cama. Tu vecino de oficina tiene un pedazo de polvo que muchas querían limpiar con la lengua, y con otras partes... Tú ya me entiendes.

—Pero ¡es que él no me gusta!

—Solo te enciende...

Suspiré resignada.

—¿Me guardas un secreto?

—Hasta la muerte.

Bajé la voz.

—Anoche... soñé con alguien.

—Ajá. —Sasha apoyó la barbilla en la mano, feliz—. ¡¿Con él?!

—No vi su cara. La voz... cambiaba como la de un mutante. Bueno, empezó siendo todos los de la lista...

—Puajjj, esa orgía no suena como en una que participaría.

—Después, todo se puso en su sitio. Era dulce, era la de Ethan, y luego... cambió a una más ronca y especiada. —Tragué—. El pañuelo me tapaba los ojos, además, no llevaba las gafas.

—¿Pañuelo? —Su sonrisa se convirtió en carcajada—. ¿Como el maldito pañuelo corporativo con iniciales?

—No era suyo. —Mentí tan mal que se me oyó el crujido.

—Nena, el subconsciente no sabe escribir guiones falsos. —Tocó dos veces la barra—. Huele a Ryder a la legua.

—La cosa es que todos desaparecieron. Te juro que al principio era Ethan, pero luego... ese ente se convirtió en él... Y....

—¿Te taladró?

—No, solo fueron caricias, sin llegar a ninguna zona comprometida. —Necesité respirar para seguir—. Me dijo que quería beberme y comerme la galleta de jengibre.

Sasha soltó otra carcajada más sonora que la anterior.

—Quejándote todo el día de que siempre te la roba y después quieres que te la coma, muy propio de ti.

—La cosa es que ahora lo miro y no dejo de pensar en lo que pasó, y sé que es absurdo porque ese Nick no era mi Nick y no ocurrió.

—¿Tu Nick?

—Ya me entiendes, Pañuelín —farfullé—. ¿Piensas que mi subconsciente trata de decirme algo?

—Es tu vagina mandándole señales para que pases del sexo 3.0. al de verdad, el de carne y hueso. Ryder despierta en ti instintos oscuros, de los que te hacen querer cabalgar hasta llanuras salvajes e inexploradas. El sexo no se relaciona con paseos por las nubes, más bien con bombas atómicas y atracciones extremas. Del odio al sexo solo hay un buen polvo.

—Esa frase no es así.

—Porque tú lo digas. Es mía. No está mal querer tirarte a alguien por gusto.

—Es que Nick Ryder no es un gusto, es un dolor de muelas, y yo no soy así... Solo tienes que ver lo mal que me fue con el de las pelotas, y con ese había tenido un par de citas.

—Bueno, a Pañuelín lo conoces desde hace dos años y...

- Y no lo soporto.
- Pero reconoce que está tremendo. —Mis mejillas enrojecieron—. Sep, algo me dice que eso sí lo has notado.
- ¿Podemos dejar de hablar de él? He bajado justo para lo contrario. He abierto la ventanita del calendario.
- ¡Es verdad! ¡Casi olvido la caza de tu admirador secreto! No me juzgues, me pueden los sueños húmedos. ¿Qué había en ella?
- Un reno monísimo y una nota. Es personal. La escondí en el bolsillo del jersey porque pasaba de que la leyera Nick. Es bonita.
- ¿Bonita en plan «me gustas», o bonita en plan «te observo mientras duermes desnuda»?
- Yo no duermo sin ropa.
- Era un decir, boba.
- Bonita —concluí. Ella me miraba expectante—. ¡Qué diablos! Te la voy a leer, estamos juntas en esto. —Suspiré mientras recitaba las líneas en un tono lo suficientemente alto como para que me escuchara—. Ojalá sea de Ethan, Sasha —concluí.
- ¿Huele a Ethan?
- ¿Cítrico y marino, con un leve deje a tabaco de pipa? —Lo solté demasiado rápido—. No he llegado a oler el papel, Pañuelín estaba al acecho. Su sonrisa fue criminal.
- ¿Desde cuándo sabes cómo huele el jefe tan de cerca? ¿El jefe fuma?
- No lo sé, quizá en secreto, cuando nadie lo ve. No me juzgues, es que un día se dejó su bufanda y yo... —Me pasé la mano por la cara. Ella rio—. Te juro que no me la llevé al baño y me masturbé.
- Dios mío, Giny, ¡jamás pensaría que tú pudieras hacer algo así! ¿Lo hiciste?
- No, pero en casa sí —terminé confesando—. Soy una enferma. Juro que después la lavé.
- Hay cosas que es mejor no saberlas...
- Y, entonces, volvió a suceder...
- «No pienses en el sueño». «No pienses en el pañuelo». «No pienses en la entrepierna».
- Mírame. —Sasha me cogió la barbilla—. No pasa nada porque seas traviesa y te diviertas con el sexo. A veces ocurre. Hay personas con las que queremos una vida en común y otras que despiertan ese no sé qué con las que apetece simplemente echar un casquete y explorar a la desconocida que llevas dentro.
- ¿Como tú con tu compañera de instituto?
- Algo así.
- Es que yo no me veo follando con Nick —dije bajito.
- Igual él sí.
- ¿Estás loca? ¡Si me odia! ¡Desprecia mi caos, mi creatividad, se mete con mi escritorio y se pasa el día sugiriendo que empino el codo a deshoras!
- Puede que sea su forma de llamar tu atención, igual que el malote que te tira de las trenzas en el colegio.

—Como me tire de una trenza, le hago varios *piercings* con la grapadora.

Ella volvió a reír.

—Bueno, todo es llegar a un acuerdo...

—Paso de llegar a acuerdos con él, además, mi mesa está justo delante de la suya, sería muy raro. Ya se me pasará, debe ser algún tipo de resaca post calentón nocturno. Me centraré en Ethan. Estoy segura de que él me ve como merezco. Me dice que le gustan mis jerséis, mis ideas y, en fin, que quiero que sea él. Juraría que ya se le ha pasado el disgusto por lo de su mujer e igual está abierto a empezar de cero y el calendario es su forma de darme señales en su dirección.

—Pues, si tan segura estás, afóntalo. —Empujó la taza hacia mí—. ¿Vas a jugar, o vas a esconderte?

—Bueno, solo abriendo una ventana tengo dudas y sería muy precipitado, prefiero seguir con el juego y ver cómo me sorprende. No sería divertido que lo pillara a la primera.

—Perfecto, pues a la caza de tu duende. —Sonrió—. Yo me encargo de observar movimientos extraños; Julian es mejor que yo en eso de resolver acertijos.

—Por ahora no me ha ido mal. —Di un trago largo a la taza y Sasha se puso a atender a algunos clientes nuevos que habían entrado

El móvil vibró en la barra. Asunto: **ADIVINANZA #2**. Sentí el subidón de azúcar inmediato.

Abrí el *mail*. Texto limpio, sin firma, leí en voz alta:

«No soy estrella, pero brillo. No soy nieve, pero congelo besos. Me cuelgo del dintel y, si pasas por debajo, el corazón se te acelera. ¿Qué soy?».

—Muérdago —respondimos Sasha y yo al unísono. Sin pensar. Esa era muy fácil.

—A tu duende le gusta el folklore romántico —dijo encantada—. Si aparece con uno de plástico, te beso yo.

—Si Ethan aparece con uno, le meto la lengua hasta el fondo y sin pedir permiso.

—Me encanta cuando estás lista para matar. Haz lo tuyo, Sherlock Reno. Resuelve tus ventanitas, deja que la Navidad te lleve de la mano y no te asustes si te quemas. —Levanté mi taza y ella la suya—. Por el árbol que no te mató y por el Grinch que te resucitó.

—Brindemos mejor porque me deje en paz.

—Brindemos porque no te deje. —Me guiñó un ojo—. No hasta que tú decidas qué quieres y cómo lo quieres.

Bebí. El corazón me latía en las muñecas.

«¿Qué quiero?». La palabra me arañó como un cascabel. Por el momento, volver a mi mesa y trabajar, que para eso me pagaban.



A media mañana, la redacción olía a café y a cables recalentados. Julian se dejó caer en el borde de mi mesa como si fuera su trono.

—He oído que Pañuelín se ha enfundado su traje de superhéroe y ha impedido que te conviertas en la viuda del pino. —Me lanzó una *polaroid* del árbol caído—. Arte.

—Creía que, para ser viuda, tenías que casarte antes. ¿Nunca te han dicho que no hay que hacer leña del árbol caído? —Él rio—. Casi me convierto en homicida del pañuelo, he estado a esto de ahogarlo cuatro veces en las últimas tres horas. ¡Es insufrible!

—Esa es mi chica. —Me estudió—. ¿Qué llevas ahí?

Tapé la nota con el antebrazo.

—Nada. Trabajo.

—El trabajo no te hace sonreír así. Por cierto... —Sacó otra *polaroid* del bolsillo: un pasillo vacío con una sombra conocida al fondo—. Cazado a las 6:42. Nuestro minimalista favorito entrando antes que nadie.

—¿Y? Todos sabemos que es un obseso del trabajo.

—¿Tú no entraste hoy a las siete? —Me miró con cara de «pistas, cariño».

—¿Qué estás insinuando?

—Que quizá tu Grinch tiene llaves. —Se inclinó—. O acceso. O cómplices. Es un tantito raro que entre y vuelva a salir para luego salvarte... ¿Y si alguien empujó el árbol?

—Menuda tontería. ¡No estaba ni siquiera Jerry! Fue pura coincidencia, querido Watson. Seguro que vino en busca de algo... O se puso a cascársela con la imagen de la prima que no va a conseguir.

—Yo solo digo que lo tendré vigilado.

—¿Y qué piensas de Tom? —aventuré, porque sabía que, si sacaba a Ethan, no entraría en el juego.

Tom era el redactor *techie*, un friki de la tecnología, escribía sobre cómo la domótica y las últimas tendencias hacían nuestra vida más cómoda.

—No le daría una conspiración romántica ni para que me instalara la impresora. —Sonrió—. Pero se deja manipular con *cookies*. Apúntalo en la lista, con los *mails* tiene soltura...

—Sasha ya ha activado Operación Renito.

—Excelente. —Se ajustó los tirantes—. Yo haré de francotirador visual. Si tu duende parpadea, lo fotografío.

Sacó la cámara y disparó dejándome ciega perdida con el *flash*.

—Estás disfrutando demasiado con esto.

—¿Y tú no? —Me dio un toque en la frente—. Me preocupa que estés bien, así que me mantendré alerta por si no aciertas. ¿Bajas a la cafetería?

—Ya me he tomado un descanso antes, así que... me toca darle duro a la tecla.

—Como quieras.

Me quedé sola con el zumbido de la oficina y el reno dorado sobre el teclado. «No estoy así por Nick —me lo repetí como quien reza—. Era... otra cosa. Era el juego, que me mantenía distraída». Y, sin embargo, el recuerdo de su mano bajo la mía me latía en la piel.

El reloj corrió sin mí hasta mediodía. Me llevé el portátil a la sala de descanso para escribir «7 formas de convencer a tu gato de que el árbol no es su enemigo» (el universo se reía). Terminé el primer párrafo y me quedé mirando el cursor parpadear. «No te distraigas». «No pienses en su boca». «No pienses en su mamada». «¡Basta!».

Una notificación me salvó: Ethan.

Ethan 

Reunión rápida a las 13:15. ¿Puedes?

El estómago se me contrajo de ilusión adolescente. Claro, tecleé.

«Ethan». «Cítrico y marino». «Elegante». «Amable». «No me insulta por deporte». Me agarré a esos adjetivos como salvavidas.

Pasé por el baño para adecentar mi melena y busqué mi reflejo.

No era fea. Tampoco un pivonazo. Mi boca mullida, mis ojos grandes —un poco rasgados, pestañas rizadas— y las pecas eran mis mejores bazas. La nariz pequeña y mi miopía peleada con el mundo no ayudaban, pero me negaba a usar lentillas: pánico a meterme un dedo en el ojo.

Me mordí el labio para subir el color y me di cacao hasta dejarlo «besable».

El jersey me resaltaba la piel clara y me daba una luz que me sentaba bien.

Abajo, *leggings* negros, básicos y cómodos; y unas UGG camel que me calentaban el alma (y los pies).

A las 13:10, llegué al pasillo. Ethan me sonrió desde la puerta de su despacho, tan guapo como siempre, con ese aire despreocupado que tanto me gustaba.

—¿Todo bien, Gin? —preguntó, invitándome a pasar.

—Sí. —Respiré sin apartar la mirada de la bufanda del crimen. La llevaba suspendida en su cuello y algo cálido se enroscó en mi tripa—. E-estoy liada con el artículo de esta semana, se me dan genial los gatos terroristas.

—Me alegra. —Se sentó, cruzó las manos—. Este año quiero que brilles. Tú tienes algo que los demás no: haces que la gente sienta. Quiero eso al frente de Glow & Co, tu visión es única.

Me quedé muda un segundo. ¿No decía algo así la nota de ese día? Que le gustaba mi pasión y que quería que la gente me viera como lo hacía él.

«Tenía que ser él. Te-nía-que-ser-él».

—Gracias. —Tragué—. Lo intentaré.

—No lo intentes. Hazlo. Necesito que estés cómoda en la empresa, quiero un futuro en el que estés muy presente, a mi lado. —Guiñó, ligero.

«Ay, madre, ay, madre. ¡Que se me está declarando!».

—Y si Nick te molesta mucho, me lo cuentas. Sé que a veces tenéis ciertos roces. —«No te haces una idea»—. Pero, como todo en la vida, debe haber un equilibrio entre la sal y el azúcar, o la cosa se descompensa. Entiendo que podéis ser muy distintos y que a veces eso estresa, pero te garantizo que, si no supiera que hacéis buen equipo y que de vuestra unión pueden salir grandes cosas, no os pondría a trabajar juntos.

Me reí sin voz. «Si tú supieras».

—Dime que podrás coordinar la fiesta con él.

—Po-podré.

—Esa es mi chica.

«¡Su chica!», estaba al borde del desmayo.

—Me-me gusta mucho cómo te sienta esa bufanda...

—¿Esta? —preguntó pasándola por su bonita cara—. Era de mi abuelo, que en paz descanse, es la primera vez que me la pongo...

Me quedé lívida.

—¡Qué va! Si hace un mes la traías... Creo que te la dejaste en el despacho.

—Emmm, sí, fue el día que fui a su funeral, mi abuela me la dio como recuerdo, quería que tuviese algo suyo, aunque no me he visto con fuerzas de ponérmela hasta hoy. —Aspiró profundamente—. Todavía puedo captar su olor.

«¡Y el de mi coño!». Ay no, no, no, ¡qué horror! Me había restregado contra la bufanda de un anciano muerto.

Me mordí el carrillo con fuerza para evitar la arcada que me sacudió. Lo hice tan fuerte que se me saltó una lágrima.

—Gin, ¿estás bien? No quería ponerte triste, eres tan empática.

Me tendió un pañuelo de papel.

—G-gracias... La-lamento tu pérdida.

—Gracias.

«No me las darías si supieras lo que hice con tu reliquia familiar».

—Si me disculpas, tengo que seguir trabajando...

Necesitaba salir de su despacho cuanto antes. ¿En qué momento pensé que restregarme contra esa cosa era una buena idea?

—Perdona, no quería robarte tiempo, sigue como siempre, ánimo.

Eso era justo lo que necesitaba, después de volver a ir al baño y vomitar.

Tuvo que pasar un buen rato para regresar a la mesa sintiéndome un trapo y, cuando lo hice, Nick no había llegado de su almuerzo. Mejor.

Abrí el calendario virtual y tecleé la respuesta del día, a ver si así me despejaba: muérdago.

Apareció un código nuevo para la ventanita 2. Mi pulso subió un semitono.

—No abras otra ventana sin desactivar la bomba primero —masculló una voz a mi espalda.

No me di la vuelta. No hacía falta.

—Vete, Ryder. Hoy no te invito ni a respirar.

—Apuntado. A veces es mejor dejar morir que salvar. Por cierto, hoy no puedo quedar contigo a las cuatro, ¿aguantarás sin cortarte las venas? Me gusta

la idea de ganar la prima, pero prefiero hacerlo demostrándote que no eres competencia.

—¡Qué más querías! Te voy a fulminar.

—¿Con solo un párrafo escrito de tu nuevo artículo? Lo dudo. Ponte las pilas, Hartley.

Tenia ganas de asestarle un puñetazo. ¿Un ojo morado le sentaría mal?

«Nada de violencia, Gin, mejor usa tu intelecto».

—Las pilas no son respetuosas con el medio ambiente, lo mejor es depositarlas en un contenedor adecuado... Digamos... ¿Tu ojete?

Él sonrió, puso sus manos en la mesa moviendo mi silla para empujarme contra ella y susurró en mi oreja:

—Sabía que fantaseabas con mi culo. —Un escalofrío recorrió la base de mi espalda.

—Sí, con pateártelo hasta el fin del mundo —escupí molesta.

Por fin salió para dirigirse a su escritorio.

Y, aunque no quería, alcé la mirada y me topé con esa zona redonda que no debía verse tan bien. Solo fueron dos segundos, quizá tres, los suficientes para que el muy perro me viera a través del reflejo de la cristalera que quedaba justo detrás de su mesa y me dedicara una sonrisa petulante.

Yo me metí el dedo del medio en la boca y le hice una peineta.

«¡Maldito arrogante!».

—Por cierto, ¿de quién es el calendario?, ¿ya lo sabes?

—No te metas en mis asuntos y cómprate una vida, Ryder —dije, guardándolo.

—Ya tengo. —Su voz bajó medio tono—. Te sorprendería.

No respondí. Porque estaba segura de que no lo haría. Una persona que tenía como mascota un cactus inmortal y era incapaz de ver más allá del blanco o el negro no me interesaba. Además, cuando no había nadie mirando, esos ojos parecían cansados de verdad y no me extrañaba. Era un aburrido máximo, por muy bien que las malas lenguas dijeran que follara.

Me odié un poco por pensarlo. Y trabajé hasta que el sol se puso detrás de las persianas como una yema naranja.



A las seis y media, la planta estaba vacía salvo por el zumbido de la calefacción y mi cabezonería. Abrí el panel de administración del calendario, confirmé que la Adivinanza Navideña #2 había salido a su hora y moví la #3 para esquivar el mantenimiento del servidor. No iba a dejar que un pico de tráfico me arruinara el...

Juego.

No lo era.

Me levanté mirando de reojo su mesa. Inmortal —mi cactus—, seguía vivo, como mis malas decisiones. Saqué del cajón la nota que había reescrito tres veces. A mano, imposible: demasiado «yo». Anónimo, limpio, sin muletillas. Podía admirarla, pero no delatarme.

Guardé la nota con las cápsulas de Sumatra. El proveedor fue puntual; la caja olía a bosque húmedo. Mañana, ventanita 3: algo pequeño que la obligue a moverse del edificio. A ella.

Vibró el móvil. Eric. Silencié. Patrick, el cuidador de mamá, se iba antes por papeleo; a las siete tenía que estar en casa. «Todo controlado», le había dicho. Tenía cuarenta minutos.

Apagué la pantalla y, sin darme la orden, me planté frente al árbol caído del *hall*, acordonado con cinta de seguridad. Pensé en su cuerpo encajando contra el mío. En su risa nerviosa. En su mano apretando la mía un segundo más de lo necesario. Me costó el día entero volver a respirar como un hombre normal.

«¿Por qué ahora?».

Gin Hartley no era «mi tipo». No por el físico —eso sería fácil—, había una chica bastante atractiva bajo esos jerséis ridículos, era por su caos luminoso, sus detalles absurdos, su manera de vivir la Navidad como si cada gesto minúsculo contara. Como... «ella», me la recordaba demasiado.

«No hagas esto si no vas en serio», habría dicho mi padre. Sin florituras.

Iba en serio. Quería ganar la prima. La necesitaba. Si para eso tenía que mirarla de verdad y escribirle frases que nadie le había dicho, pues adelante. Nick Ryder jugaba a sacarla de quicio, mientras que... su admirador secreto... se limitaba a recordarle lo que hacía bien, la fantasía de cualquier mujer, ser admirada a lo lejos.

Acepté coordinar la fiesta con ella para estudiar su mapa: hábitos, ritmos, manías. Lo único malo de estudiar a alguien es que, si lo haces bien, empiezas a querer cosas.

«Y yo llevaba algún tiempo deseándolas».

Salí a la calle. El frío me mordió los pómulos. Me subí el cuello del abrigo negro de cachemira que heredé de mi padre. Antes iba en coche; ahora prefería el metro. Horas punta, aire denso, cabeza ocupada: me venía mejor que el silencio caro de un coche difícil de mantener.

El metro me dejó a seis manzanas. Patrick se asomó al oír la puerta.

—Ya ha cenado, hoy ha estado bastante bien todo el día —dijo, cogiéndose la mochila.

—Gracias. Mañana a la misma hora.

Asintió. No es que mi madre tuviera un estado avanzado de la enfermedad, pero todo podía cambiar de un día para otro, así que prefería prevenir que no encontrarla perdida por la ciudad.

Estaba sentada en la butaca favorita de mi padre, con los años, a ese sillón se le pegó su ADN; aunque había perdido casi toda su esencia, a veces podía verlo en ella.

La tele sin volumen, esa danza de colores que a veces la calmaba flotaban por la estancia, tenía una de esas novelas que tanto le gustaban sobre las piernas y sus gafas de lectura un poco bajas. Me quité el abrigo en la entrada.

—¿George? —preguntó.

No corregí. Le besé la frente.

—Hola, mamá.

Sus ojos volaron a mi pañuelo y parpadearon para enfocar. Las comisuras se alzaron.

—Nick.

—Sí, mamá. Ese soy yo.

Que fuera una versión más joven de mi padre, a veces, la despistaba.

El neurólogo decía que no me confiara: los anclajes funcionaban... hasta que dejaban de hacerlo. Por ahora, el pañuelo con iniciales le devolvía mi nombre como un imán. Me aferraba a eso, aunque en la oficina me hubiera ganado el sobrenombre de Pañuelín, gracias a que yo llamaba a Gin Ginebra. En el fondo, me lo merecía.

Fui a la cocina. Puse agua para la manzanilla, volví para taponar las rodillas con la mantita de cuadros y la dejé en su silencio favorito. Mientras hervía el agua, abrí el portátil en la encimera: programé la entrega del jueves y dejé la próxima nota en borrador: tres líneas sencillas con un remate que buscara su risa. El calendario podría haber estado más lleno si no hubiera decidido a última hora que cada objeto debía ser raro, bonito y caber en la ventanita. Mi perfeccionismo era un deporte de riesgo.

Cuando regresé con la taza templada, ya dormía. La miré un minuto largo. Respiré hondo. La verdad era fea: la enfermedad avanzaba y cada vez le costaría más volver.

Hacía tres años que nos lo habían dicho. Desde entonces, el tiempo se contaba de otro modo. Habían surgido tratamientos nuevos con su lista de asteriscos; pruebas, copagos, logística. Lo que antes gastaba en restaurantes se me iba en cuidado, seguros, RM, taxis y horas. Había dejado un puesto de director de Comunicación con bonus de escándalo por un sueldo normal de redactor para mudarme con ella. La gente creía que iba sobrado: no. Mi armario era herencia de otra vida. Seguía ahí porque era buena, no porque la estuviera pagando.

Y si esa prima de Navidad pagaba facturas reales y un posible tratamiento experimental..., pues adelante.

Puse una lavadora a deshoras (programa rápido), recogí la cocina, apunté en la pizarra: píldoras 22:00 – revisión cajón del gas – cita Dr. Hartman viernes 9:15. En la tabla magnética colgué las llaves con tile. En la puerta del horno, un imán: «*CHECK OFF*».

Recoloqué los post-it que empleaba dando instrucciones por si se olvidaba. A veces se despegaban. La rutina era la valla del jardín.

Me desabroché los tres primeros botones de la camisa que pertenecía a mi colección de hacía tres años, cuando la ropa de marca abundaba en mi guardarropa. Seguía siendo la misma. Atemporal, duradera, clásica. La que mi estatus imponía en mi empresa.

—Buenas noches, caballero —susurré al terrario.

De la casita de madera, asomó el hocico Mr. Púas, mi erizo. Lo adopté cuando entendí que un perro o un gato sería demasiado para mí y para mamá: horarios, paseos, alergias. Mr. Púas no se imponía: rondaba al anochecer, rodaba, comía y, a veces, dejaba que mamá lo observara en silencio, con una sonrisa, mientras lo alimentaba.

Planché dos camisas. Herencias del otro Nick: lo que veían en la oficina venía de allí. Me serví café recalentado y abrí el borrador del artículo semanal. Lo guardé. Volví al calendario. A recordarme por qué lo hacía y tratar de no sentirme mala persona:

1. Prima sin metáforas.

2. Darle a Gin gasolina de la buena para mantenerla en la parra. Si no se centraba, no era del todo mi culpa.

3. Admirador secreto que le daba lo que toda mujer quería mientras el pesado de su compañero de trabajo seguía atormentándola.

4. Y así ponía barreras entre mi boca y la suya. Si la pinchaba, no la besaba. Si discutía, me quería lejos. Si me comía su galleta...

«Joder, ¡qué guapa se pone cuando se mosquea!».

Las pullas eran mi armadura y mi vía de escape.

¿Funcionaba? A ratos. Aprenderla de memoria me estaba jodiendo el plan: sabía cómo tomaba el café, por qué guardaba frases que le gustaban en una ridícula libreta, de qué manera recolocaba el vertedero que habitaba su mesa para cohabitar con el desorden.

A la distancia de dos metros y dos mesas de despacho, la ironía te protegía menos.

Abrí Notas y pasé a limpio las adivinanzas, quería que fueran todas navideñas y que fueran aumentando de dificultad para que al principio se confiara y después le costara dar con la clave.

En el *mail* quedaban claras las instrucciones; si usaba ChatGPT, no se abriría ningún código más.

Gin podía ser muchas cosas, pero no hacía trampas, y si no descubría el enigma, el juego del calendario terminaba. No podría abrir la ventana tres o las siguientes si no había logrado el código de apertura anterior, así de sencillo, necesitaba su confianza o sospecharía, de hecho, ya me había preguntado si había sido yo...

«Chica lista».

«No soy corona, pero presidido tu puerta. No soy abrazo, pero enmarco tu casa. ¿Qué soy?».

Guirnalda. Fácil, bonita, navideña.

La pista:

«Me gusta cómo enmarcas lo que amas, ojalá algún día me enmarques a mí con tus brazos».

No era Bécquer y seguro que mi madre le encontraría mil faltas como poesía, pero valdría.

No era fácil ser hijo de una profesora de literatura inglesa.

Guardé. Cerré el portátil. Fui a ver a mamá de nuevo. Antes de apagar la lámpara, me quedé mirando su perfil y pensé en lo fácil que habría sido que se quedara en lugar de largarse, en lugar de dañarnos, en lugar de jodernos las Navidades desde los siete hasta los trece años.

Mientras ella vivía su aventura romántica con su Lord Byron particular, papá cuidaba de nosotros, nos ocultaba la verdad, nos hablaba de viajes imaginarios y de que no podía volver porque los aviones de París a Estados Unidos eran muy caros.

Y, mientras, Eric y yo pidiéndole a Santa Claus que le regalara un billete para volver, que no queríamos regalos, solo a nuestra madre.

Patético, ¿eh?

Y cuando las cosas se torcieron, cuando se cansó de vivir la vida loca con aquel tío diez años menor, volvió arrepentida, con el rabo entre las piernas y queriendo recuperar a su familia.

No le costó mucho, porque mi padre siempre la quiso de regreso. Eric era más pequeño que yo y papá no dejaba de entonar aquello de:

«Todos cometemos errores y tenemos derecho a una segunda oportunidad».

Esa era otra de sus frases favoritas. Esa y que el amor de su vida, por encima de su país —era policía— era mamá.

Me calenté un plato precocinado, cené conmigo mismo y, al terminar, la cargué en brazos para arroparla y meterla en su cama.

A las seis sonó la alarma. Lavadora tendida, desayuno en bandeja, medicación organizada. Ducha rápida. Pañuelo en el bolsillo sin mirar. El abrigo de papá sobre los hombros y Patrick en la puerta listo para quedarse con ella hasta mi vuelta.

La ciudad olía a metal.

De camino al metro, le envié un mensaje a Tom:

«¿Puedes recoger el paquete que tiene Jerry y meterlo en mi cajón? Te dejé *cookies* en la zona de trabajadores, detrás del tarro de triste avena».

Sticker de gato hacker y pulgar alzado.

En el andén, abrí la *app* del servidor para comprobar la cola de envíos. Todo correcto. Apreté la mandíbula y me prometí dos cosas: no besar a Gin y sacarla de quicio otra vez. Si el mundo quería explotar, que esperara a medianoche.

Esa mañana, al entrar en la oficina, vi el reflejo de la ventanita 2 en el cristal de su pantalla. Sonrió leyendo la nota, esa sonrisa pequeña que casi no enseña dientes, pero te cambia el aire.

Rose Gate

Me puse la máscara y solté la primera pulla del día, por higiene:

—¿Qué?, ¿ya te escribe Papá Noel? A ver si además te adopta, porque aquí venimos a trabajar, no a suspirar frente a juguetes.

Su expresión cambió de golpe y arrugó la nariz.

—Si no tienes nada más inteligente que decir, átate el pañuelo a la boca, a ver si así sirve para algo y nos regalas cinco minutos de silencio. Y si te queda flojo, te lo remacho con la grapadora.

Una imagen de una pelirroja muy atada y desnuda sacudió mi mente.

Lo bueno de llevar pañuelo era que tenía muchos usos, con él podías inmovilizar a alguien fuerte.

Lo malo era que, a veces, ese alguien era capaz de quitarte el oxígeno justo cuando más lo necesitabas.



4

Capítulo



2 de Diciembre

No había manera. La noche fue un bucle maldito. Intenté dormir con Rudolf ronroneándome en la oreja y terminé repitiendo exactamente el mismo sueño del día anterior, solo que con un giro nuevo: el muy capullo de Ryder tuvo la desfachatez de aparecer con la bufanda del abuelo del jefe y, como si fuera una extensión de su ego, me la pasó entre las piernas de delante hacia atrás igual que una maldita sierra y quisiera darle brillo a mi pepitilla. Sí, así. Tal cual.

Y encima no pude acabar porque sabía con exactitud lo que me estaba restregando.

Me desperté de golpe, sudando y de muy malhumor. En cuanto fui a levantarme, golpeé algo mullido y peludo con el pie que soltó un bufido indignado, rebotó y atacó mi pobre pantorrilla despejada, porque el pantalón del mono se me había arrugado hasta la altura de la rodilla.

—¡Ay!

—Ffff.

—Oyeee, ¡que lo mío ha sido sin querer!

Su mirada gatuna destilando odio dejaba claro que poco importaba el motivo, solo el resultado.

El señorito se pasó la siguiente hora hasta que salí por la puerta mirándome con esa cara de «denúnciame a la protectora», y yo sabía que me costaría, mínimo, tres latas de las *gourmet* de salmón recuperar su perdón.

Dos cafés XXL después, logré arrastrarme hasta la oficina con un plan claro: terminar el maldito artículo que ayer no pasó del segundo párrafo y abrir la tercera ventanita del calendario.

Nick ya estaba en su mesa, impecable, minimalista, sin una sola arruga. Ni lo miré. Bastante tenía con el recuerdo del sueño y con la sensación de que su risa me había perseguido toda la noche. Cuanto más lejos lo mantuviera, mejor.

Saqué el calendario de Adviento, tecleé el código que me había llegado por correo y escuché el clic dulce que indicaba que tenía premio. El corazón me dio un respingo. Dentro había una cajita con un par de cápsulas de café... de Sumatra, que no era barato.

Me quedé helada un segundo. Solo alguien que me conociera muy bien sabría que llevaba semanas deseando probarlo. Recordé que se lo comenté a Julian en la última reunión de los lunes, justo cuando Ethan estaba presente...

Bingo. Seguro que lo había escuchado. El amor de mi vida siempre pendiente, con ese punto de complicidad elegante.

Desplegué la nota doblada que venía dentro, deseosa por ver lo que incluía esta vez. En voz baja:

Me encantaría poder saborearte como el primer café de la mañana: a solas, despacio y hasta la última gota.

El pulso se me disparó. El calor inundó mis mejillas. No era solo bonito..., había un puntito pícaro, como si mi jefe escondiera un lado travieso bajo esa sonrisa de portada. Podía ser divertido, podía ser... mucho más.

Sonreí, convencida de que el destino me estaba guiñando un ojo.

Y, entonces, claro, llegó él.

—¿Qué?, ¿ya te escribe Papá Noel? A ver si además te adopta, porque aquí venimos a trabajar, no a suspirar frente a juguetes —dijo Ryder, con esa sonrisita de medio lado que merecía un buen zarpazo de mi gato en la frente.

Le enseñé los dientes, arrugando la nariz.

—Si no tienes nada más inteligente que decir, átate el pañuelo a la boca, a ver si así sirve para algo y nos regalas cinco minutos de silencio. Mi oferta de ayudarte con la grapadora sigue en pie.

El muy cabrón no se inmutó. Clavó sus ojos en mí, como si yo acabara de darle material de sobra para su próxima fantasía retorcida.

Yo, en cambio, me repetía como un mantra:

«Respira, Gin. No pienses en el pañuelo. No pienses en las manos que te apretaban la cintura contra la rigidez de su entrepierna y mucho menos en tu piel desnuda contra la maldita bufanda. No pienses en su boca, no pienses en su nuez, no pienses en su olor. Piensa en Ethan. Cítrico. Elegante. Seguro. Ethan».

Pero Nick seguía ahí, demasiado presente, con esa calma irritante que me volvía loca de rabia... y de algo más que no quería ni nombrar.

Me incliné hacia la pantalla para disimular, pero el corazón me latía en la garganta y entre las piernas. Tenía que mantener la compostura, fingir que nada de lo que decía me afectaba. Que él no me afectaba, sino que todo era fruto de la notita de mi jefe y mis terrores nocturnos. Mi cuerpo llevaba dos noches seguidas traicionándome con él porque... porque...

«Agrrr».

Aporree las teclas de mi portátil, abriendo una pestaña de incógnito para preguntar a ChatGPT introduciendo un *prompt* coherente.

Eres un reputado psicólogo especialista en sueños y una paciente viene a preguntarte por qué tiene sueños eróticos con un compañero de trabajo al cual odia y que implica tejidos. No inventes...

Enter.

Necesitaba entenderlo, necesitaba una respuesta coherente.

«Maldito Pañuelín, ojalá te atragantes con tu propio artículo, que debe ser tan plano y aburrido como tú».

Me quité las gafas un segundo, me sudaba el puente de la nariz y estaban sucias, necesitaba leer la respuesta con claridad.

Abrió el cajón para buscar una toallita limpiadora.

Debería estar acostumbrada a que el enemigo siempre busca tu momento más débil para atacar y que el sigilo *expert pro max* tenía nombre y apellidos: Nick Ryder.

Su voz me rozó la oreja como una descarga eléctrica.

—Umm, lo sabía... ¿Te pongo tan cachonda que necesitas buscar respuestas hasta en la IA? Yo puedo darte esa respuesta que buscas... Tu caos necesita justo lo que tengo entre las piernas para calmarte, aunque si lo quieres, te lo vas a tener que currar.

Me puse tan roja que parecía un puto semáforo navideño. Bajé la pantalla del portátil de golpe, pillándole los dedos.

—Pero ¡de qué narices hablas! Ni en tus mejores sueños yo querría estar contigo. Es para un artículo, ¿entiendes?! Un. Puto. Artículo.

—¡Auch! —Se sacudió la mano, fulminándome con los ojos verdes—. Eres una psicópata. ¿Qué clase de enferma mutila a un compañero de trabajo solo por acercarse?

—La clase de enferma que protege su espacio vital —le espeté, encogiéndome de hombros—. Tú no sabes lo que es eso porque vas por la vida invadiendo mesas ajenas y robando galletas como si fueran caramelos en Halloween. A ver si aprendes a no cotillear.

Él se inclinó, todavía frotándose los nudillos.

—Yo no cotilleo. Si no te las comes a tiempo, dejan de ser tuyas. Es la regla básica de la supervivencia, Hartley, y dudo que el modo incógnito sea para buscar respuestas para un artículo.

—Pues yo tengo otra regla —le planté delante, mirándolo directo a la cara bonita que tanto me sacaba de quicio—: lo que esté en mi mesa es mío. Incluido el aire. Así que deja de respirarlo.

Su sonrisa torcida apareció, ese gesto irritante que parecía un *spoiler* de lo que haría en la cama: tocarte los nervios hasta que gritaras.

—Relájate, Ginebra. Se nota que no follas y que..., tal vez..., el éxito de tus ridículos artículos radica en que te los escribe ChatGPT.

Eso sí que me indignó. Tanto que me puse en pie para enfrentarlo.

—Pero ¿qué dices?! Sabes perfectamente que son de mi autoría y que trabajo muy duro para sacarlos. Tu problema es sencillo: follas demasiado con tu ego. Y muy poco con los demás —repliqué al instante.

Vale, puede que yo todavía follara menos que él, pero Nick no tenía por qué saberlo.

Él soltó una carcajada baja, peligrosa.

—Mi ego no gime tanto como lo harías tú si te dejaras, cada vez estoy más convencido de que necesitas un desquite y, para tu información, mi vida sexual parece bastante mejor que la tuya.

La frase me golpeó como un rayo directo al bajo vientre. Me atraganté con mi propio aire.

—Eres... eres... insoportable.

—Y, sin embargo —susurró, inclinándose un poco más, tanto que olía a caro y a jabón—, aquí sigues, colorada como una bola del árbol deseosa de que alguien te empotre contra las ramas...

—Tú serías el último hombre en la tierra a quien pediría algo así.

—Ajá —su maldita ceja arqueada subió un poco más—. Seguro.

Respiré hondo, clavando las uñas en las palmas de mis manos.

«Que no te afecte, Gin. Es Nick. Es Pañuelín. Es veneno envuelto en perfume y trajes caros. Nada más».

Pero él seguía ahí, demasiado cerca, demasiado presente, demasiado... Nick.

—Está visto que tu estrategia para que no gane la prima no va a servirte para nada, tu atractivo no me afecta.

—Entonces reconoces que te resulto atractivo...

—Eres un canon de belleza masculina con patas, obviarlo sería una necedad, lo cual no significa que a mí me atraigas, de hecho, preferiría tirarme a un erizo antes que a ti.

—Um... Eso lo podríamos arreglar...

—¿Puedes volver a tu mesa y dejarme en paz? No hagas que tenga que llamar a la señora Atkins y denunciarte por acoso laboral.

—Dios me libre de acosarte... Bueno, pues en vista de que has decidido cambiar a los gatos terroristas destroza árboles por decoraciones que impliquen a compañeros de trabajo agobiantes con los que tener sueños húmedos que involucren tejidos..., estaré muy pendiente de lo que has escrito.

Le lancé un bufido que podría haberle hecho competencia al de Rudolf.

—Un jersey horrible, por cierto.

Odiaba que se quedara con la última palabra, pero estaba demasiado agotada, con las neuronas colapsadas y una, a veces, tiene que decidir qué batallas perder para hacerse con la prima.

Dejé que volviera a su escritorio y yo hundí de nuevo mi nariz en la pantalla en busca de una respuesta que no sabía qué me depararía, con un artículo difícil de defender y las explicaciones oportunas a mi jefe, del porqué de ese cambio climático y de registro.

Pañuelín envolvía mi vida en una pesadilla de seda e iniciales turbias.



A media mañana, me hundí en la silla con el Latte humeante entre las manos y solté el parte médico a mis amigos: cápsulas de café de Sumatra, notita subida de tono y un enfrentamiento con Ryder que había terminado con la apreciación de Nick sobre mi vestuario.

Sasha y Julian se miraron como dos hienas oliendo carroña fresca.

—Café de Sumatra... —entonó Julian, dramático—. Intenso, oscuro, penetrante. Casi tanto como lo que a ti te falta.

—Por favor, ¿penetrante? —Sasha le dio un codazo—. Eso suena a anuncio barato de Nespresso. Lo tuyo es más rollo «desátame bajo el muérdago, que te muelo a cafetera italiana».

—¡Basta! —protesté—. No me estáis ayudando.

—Perdona, cielo. —Sasha levantó las manos—. Pero sigo pensando que lo que te ayudaría de verdad sería echar un polvo con alguien de carne y hueso. —Hizo una pausa dramática—. Aunque sea el enemigo.

Soplé con fuerza sobre la taza, dispuesta a ahogar mis ganas de lanzarla al suelo y gritar. Lo habría hecho si no me gustara tanto y necesitara la cafeína.

—Nunca.

—Nunca digas nunca. —Julian me apuntó con la cucharilla después de lamerla—. Yo de ti me pondría una pantalla de esas como la del iPhone antimirones, está claro que a Ryder le generas demasiada curiosidad...

—No funciona cuando alguien mira desde atrás. Quizá hayan sacado algo con reconocimiento facial, estaría bien patentar una que detectara caras ajenas y se fundiera en negro...

—Podrías preguntarle a Tom —sugirió a Sasha—. Y si no está, la patentas, le veo futuro.

—Seguro que tiene más que yo, que estoy de bloqueo creativo.

—Por cierto, ¿qué te dijo ChatGPT sobre tu pregunta? Y, sobre todo, ¿por qué se la hiciste? ¿Me faltan datos? ¿Algo que contar?

Julian recorrió mi jeta con expresión aguda. Seguro que detectó algo porque seguidamente pasó a Sasha y yo ahogué un ruidito de súplica. Ella intentó poner cara de póker y él chasqueó la lengua.

—Ajá, sabía yo que escondías carnaza. ¿Qué me he perdido? O, mejor dicho, ¿qué no me habéis contado?

Rodé los ojos, resignada. No me quedaba otra que ponerlo al día de mis dos últimas noches. Cuando terminé de explicar lo del sueño con voces cambiantes, el maldito pañuelo y lo de despertarme sudando como si hubiera corrido la maratón de NY con Rudolf pateando, Julian no dijo nada. Ni un comentario. Solo me observó con una mezcla entre «voy a descojonarme» y «estoy calculando cómo vacilarte de por vida con esto».

Sasha fue la primera en estallar.

—¿Otra vez soñando con él??!

No esperaba respuesta porque ya la conocía.

—No me abochornes más de lo que ya estoy.

—La pregunta ahora es... ¿qué opinó nuestro nuevo terapeuta virtual?

Me mordí el labio, avergonzada.

—Dijo... que soñar con alguien que odias puede ser un reflejo de tensión acumulada, y que el subconsciente a veces convierte el conflicto en deseo. Que no significa que lo quiera en la vida real, sino que mi cerebro lo usa como válvula de escape.

—Traducido —intervino Sasha, feliz de rematar—: tu coño está en huelga de sequía y tu cabeza se lo monta con lo que tiene a mano, y, bueno..., Nick Ryder será un capullo, pero es un buen ejemplar.

—Exacto —añadió Julian, llevándose la taza a los labios—. La ciencia ha hablado. Y básicamente te ha diagnosticado «urgencia de polvo con el enemigo».

—¿Quién me manda a contaros nada?! Sois el demonio —repetí, tapándome la cara—. Y lo peor es que ahora tengo que escribir un artículo y asociarlo de manera que no parezca que Nick tiene razón.

—¿Y por qué no pasas de escribirlo y sigues con el gato terrorista? —preguntó Sasha, cuyo descanso acababa en tres minutos.

—Porque sería como darle la razón —concluyó Julian por mí.

—Exacto, gracias...

—Pues ya puedes poner tu creatividad al máximo.

—Mi cerebro es papilla. Y encima ya tengo el tercer acertijo... y reunión a las cuatro con mi peor pesadilla. ¿Qué le he hecho al fantasma de las Navidades presentes?

Un quejido escapó de mi garganta al mismo tiempo que un mechón de mi pelo. Dejé caer mi frente sobre la mesa, agobiada.

Una mano me acarició la espalda, por tamaño y dirección era la de mi amigo.

—Ánimate, solo necesitas un empujoncito y no, no me refiero contra la corteza de un árbol, que también.

—Dejémosle los árboles a mi padre, ¿quieres? —pregunté, girando el cuello lo suficiente como para mirarlo.

—Dinos la adivinanza y te ayudamos, me quedan dos minutos para volver a la barra.

Tenía la impresión de que no era difícil, el problema era que estaba demasiado colapsada así que algo de ayuda extra no me iría mal. Las reglas ponían que no podía usar dispositivos electrónicos o la IA para resolver, pero no decía nada de no usar a mis amigos, así que no estaba incumpliendo las normas.

Recité en voz alta:

**«No soy corona, pero presido tu puerta.
No soy abrazo, pero enmarco tu casa».**

Sasha chasqueó la lengua.

—Clarísimo: una suegra. Siempre preside la puerta y abraza lo justo.

Julian la fulminó con los ojos.

—Por favor, nivel básico. Es obvio que es un marco digital de esos que parpadean a las tres de la mañana y te roban el alma.

—¿Y si es la factura de la luz? —intervino Sasha—. Siempre preside la puerta de mi nevera y enmarca mi desgracia.

—Oh, buenísimo. O podría ser el repartidor de Amazon. Aparece en todas las casas, no abraza, pero como no firmes, no entra.

Me llevé la mano a la frente.

—¿Me estáis tomando el pelo?! ¡Sois pésimos!

—Vale, vale. —Julian levantó las manos—. Es tu gato. Preside la puerta, no abraza, y enmarca tu vida a arañazos.

Rose Gate

Esa era posible, aunque no terminaba de encajarme porque no era demasiado navideño, y, entonces, algo en mi cabeza hizo un clic que me recorrió como una bengala.

—¡No! ¡Lo tengo! —les rebatí, incorporándome emocionada—. Es la guirnalda. ¡La que se cuelga en la puerta!

Tenía todo el sentido. No era ni suegra, ni Amazon, ni factura, ni gato. Era lo más obvio del mundo, solo que estaba tan estresada que había sido incapaz de verlo.

—Guirnalda era mi siguiente respuesta —anunció Sasha, poniendo morritos—. Estaba claro, aunque yo hubiera apostado todo mi sueldo a la suegra.

—No tienes sueldo fijo, cariño, ni suegra —le recordó Julian.

—Por eso.

Yo rodé los ojos, pero sonreí. Al menos, entre tanta tontería, habían conseguido que mi cerebro reconectara, solo me quedaba volver a mi puesto de trabajo y escribir un artículo que le cerrara la boca al idiota de Pañuelín y cosechara un buen puñado de clics. Eso no debería costarme, el sexo siempre vende, y si usaba tejidos...

Una idea comenzó a fraguarse y los dedos comenzaron a hormiguearme.

—¡Acabo de tener la idea perfecta! ¡Millones de gracias, chicos! ¡Me voy a teclear! ¡Sois los mejores!

—¿Ves? Yo sabía que todo se resolvía follando o escribiendo.

—En su caso, mejor que escriba, anda, vete a teclear.

Salí corriendo antes de que la inspiración me abandonara y no pensaba alzar la mirada de la pantalla hasta terminar.



La vi entrar como si acabara de bajarse de un orgasmo, con esa sonrisa satisfecha que me encendió todas las alarmas. Y no, no era el artículo lo que me preocupaba: era ella. Ese brillo en los ojos, el pelo suelto y un poco alborotado, las pecas coloreadas como si acabara de...

Apreté la mandíbula. No, Ryder, por ahí no.

El jersey, en cambio, era un insulto a la humanidad. Cuatro colores chillones que parecían un tablero de parchís mal combinado, con dos renos bordados en

las esquinas opuestas de dos de los cuadrados. Como si la Navidad se hubiera emborrachado y vomitado encima de su torso. Si Gin estuviera conmigo, quemaría todo su armario, lo único que le dejaría son esos *leggings* afelpados que tan bien le sentaban a su culo y a sus piernas.

Pero la idea de ella solo con esos pantalones ajustados que llevaba debajo hizo que me removiera inquieto en la silla, apretando el ceño, intentando ocultar lo que el pensamiento acababa de despertar en mi bragueta. Recoloqué mi pañuelo en un gesto automático, tratando de distraerme.

—¿Problemas intestinales? —me lanzó con ese tonito venenoso, inclinándose hacia delante—. Tienes cara de retortijón.

—Y tú de... publicidad engañosa —repliqué al instante—. Tu cara podría ser la de un anuncio de Victoria's Secret, pero esa cosa en la que te envuelves grita mercadillo en liquidación.

Sonrió. No se ofendió, no me lanzó un boli a la cabeza. Sonrió. Y eso, joder, me descolocó más que cualquier insulto.

—¿Qué te pasa? —le solté, incapaz de tragarme la duda—. ¿Te han subido el sueldo? ¿Te has tomado tres chupitos de Ginebra? ¿O por fin te ha hecho *match* Papá Noel en Tinder?

—Ja, ja, ja... O mejor dicho, *ho, ho, ho*. Mucho mejor —contestó con ese brillo que le iluminaba hasta las pecas—. Tengo el artículo de la semana y a Ethan le ha parecido una puñetera pasada. Chúpate esa, Ryder.

Mi estómago se contrajo.

Ethan. Otra vez Ethan.

Lo idolatraba. Bastaba con que él le hablara para que sus ojos chispearan y ese trozo de piel en la garganta, donde el jersey no llegaba, palpitara como un tambor. ¿Puro fetiche jefe-empleada, o algo más?

Quise borrarle la sonrisa de la cara.

—Dime, Hartley..., ¿él sabe que fantaseas con llevártelo a la cama?

Su expresión mutó. Pillada.

—Voy a pensar que eres tú el que se ha tomado los chupitos.

—Tal vez. —Sonreí de lado—. Me muero de ganas de leer ese superartículo. A ver si consigues ponerme a cien.

—A ti lo único que te pone a cien es un festival de tonos *nude*.

—Exacto. Los festivales *nude* me empalman.

Ella resopló. Y yo tuve que apartar la mirada de sus labios antes de perder el hilo.

—Podemos trabajar, ¿sí? Hoy me ha cundido el día y vengo con una propuesta para la fiesta de los trabajadores que no vas a poder rechazar.

—¿Vas a dejar que yo tome las decisiones? Sabía que al final entrarías en razón.

—No, mucho mejor. Vamos a probarlas y debatirlas juntos. ¿Has escuchado eso de que, si no puedes con el enemigo, te unas a él? Pues estoy dispuesta a ceder si tú también lo haces. Catamos, evaluamos y decidimos lo que sea mejor para todos.

—Y eso implicará...

—Horas extra, sí. Pero si no, no nos pondremos nunca de acuerdo. ¿Tienes algo mejor que hacer?

Pensé en mi madre, en Patrick, en el dinero de más que me costaría. Pero pasar tiempo con Gin era una oportunidad demasiado buena para desperdiciarla. La prima estaba en juego y así podía rascar en esa superficie para conocerla aún mejor.

—¿Que salir contigo por las tardes? Me ofende que lo preguntes.

—Entonces, ¿aceptas?

—Acepto.

Abrió tanto los ojos que las gafas resbalaron por su nariz.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión tan rápido?

—¿Me creerías si te dijera que a veces me agota discutir?

Torció el cuello, recolocó la montura y me enfocó.

—Si esperas una respuesta sincera en lugar de una de nuestras broncas..., sí, te creo.

Me dejó helado.

—¿En serio?

—A veces me da la impresión de que estás exhausto —añadió—. Imagino que será la ausencia de color.

Solté una carcajada, sorprendiendo a los dos.

—No fastidies, ¿eres capaz de reír?

—Lo soy. Lo difícil es que tu humor me haga gracia. Aunque reconozco que, si no miro directamente esa atrocidad que llevas puesta, hasta puedo lograrlo. ¿Nunca has pensado en desengancharte de los suéteres navideños?

—Jamás.

—Pues te harías un favor.

—¿A mí, o a ti?

—A los dos. Si un día aparecieras con un color liso, quizá Ethan dejaría de fijarse en tus estampados.

—Créeme, ya lo hace.

—¿El qué?

«¿Qué me estaba perdiendo?».

—Ethan tiene toda su atención puesta en mí, de hecho, está detrás de mi calendario.

Por poco me atraganté con mi propia lengua.

En cuanto lo solté, vi que se arrepentía de haberme contado su sospecha. Su cara adquirió un tono de vulnerabilidad que no me hizo ni pizca de gracia. No me dieron ganas de reírme de ella, podría haberlo hecho, sin embargo...

—¿Qué te hace pensar eso?

Se mordió el labio indecisa.

—No voy a ir a contárselo si es lo que te preocupa.

Tras un suspiro, se decidió a hablar.

—Pues que la persona que está detrás se está tomando muchas molestias, es detallista, parece importarle lo que digo o lo que hago. Seguro que te parece una estupidez, pero me ve de un modo distinto a como hacéis los demás. —Me molestó que me metiera en el mismo saco que al resto—. Más allá de mi actitud

estrafalaria o, según tú, mis atuendos ridículos. El único en esta empresa que es así conmigo es...

Sus mejillas volvieron a encenderse y yo sentí una rabia extraña, incómoda.

—Te equivocas.

Sus cejas le llegaron casi al nacimiento del pelo.

—¿Me equivoco? ¿No piensas que Ethan pueda haberse fijado en mí? ¿Tan orco me ves?

—No, al contrario. Lo que pienso es que no solo Ethan puede fijarse en ti. Si obviamos tu diógenes navideño y tu pésimo gusto para la moda..., tienes un polvo, o dos.

«¿En serio he dicho eso?».

«Sí. Porque quería perturbarla. Volverla loca».

—¿Me tomas el pelo?

—Piensa lo que quieras, al fin y al cabo, es lo que haces siempre que se trata de mí.

—¿Tú me follarías?

«¡Joder!», eso no lo esperaba. Ni yo, ni mi polla, aunque acabara de alzarse voluntaria.

Se me secó la boca y tuve un impulso de los que son difíciles de disimular. Necesité más de cinco segundos para responder. En mi caso, es muchísimo.

—Si estuviera lo bastante bebido y oscuro como para no ver lo que llevas puesto..., seguramente.

Bufó, harta.

—Por supuesto. Bueno, dejemos las gilipolleces. ¿Nos ponemos con las propuestas de la fiesta?

—Perfecto.

Sí, perfecto. Porque si seguía mirándola mucho más, iba a acabar empostrándola sobre la mesa en lugar de hablar de proveedores.

Esa prima iba a costarme cara. Sobre todo, porque lo único que quería tirarme en este momento era a mi competencia.





4 de Diciembre

Nunca pensé que diría esto, pero... Nick Ryder y yo teníamos un acuerdo, aunque el día no había empezado demasiado bien entre nosotros.

El día anterior presentamos cada uno nuestras propuestas con presupuesto cerrado y en ese momento... en ese momento tocaba una especie de cita forzada para ver las ubicaciones que habíamos elegido.

La mía era sencilla: estaba en nuestro propio edificio, lo que recortaba tiempos y costes. Preferí invertir el dinero en lo que de verdad importaba —decoración, comida, música—, todo lo que da alma a una fiesta.

Él, por supuesto, había optado por lo contrario: un *venue* minimalista, de esos que parecen un catálogo de Pinterest en blanco y negro. *Rooftop* acristalado o salón *boutique* en un hotel cinco estrellas, con cinco mil dólares solo en espacio. Aburrimiento soporífero en blanco copo de nieve.

Mientras abría el correo y me hacía hueco entre mi guirnalda y el reno cerámico con bufanda, me vino un pellizco bonito de ayer por la tarde. El acertijo anterior lo resolví con Julian y Sasha; el premio fue un lazo verde de seda con incrustaciones brillantes cosidas a mano. Y la frase... Jo, la frase me tocó justo en el cajón secreto donde guardo las tonterías que me arreglan el día:

«Adoro esa manera en que tus rizos parecen desobedecer a todo, menos a ti».

Por una vez, mis bucles parecían virtud y no sabotaje capilar.
Ese día, la adivinanza subió de nivel:

«Ayuno toda la noche y amanezco lleno de secretos colgado del hogar».

Pasé media mañana rompiéndome la cabeza, hasta que vi a Peter —de contabilidad— bostezando frente a su cubículo con un calcetín de Papá Noel cervicero colgado del borde. ¡Epifanía instantánea! Respuesta: calcetín navideño.

Código obtenido y ventanita del día abierta. Dentro había un calcetín mini con caramelos de *toffee* blanditos, mis favoritos. La nota decía:

«Tu manera de guardar detalles invisibles a los ojos de los demás me desarma».

Después de leerla, no pude dejar de sonreír. A Mona, que aseguraba que Mercurio estaba jugando al escondite; a Mrs. Atkins, aunque me lanzara su mirada aniquiladora; incluso a Pañuelín, que llevaba cara de «me desayuné al cactus» nivel experto en cuanto Ethan apareció en mi mesa.

—Tu artículo de esta semana lo está petando, Gin. Y tengo muchas esperanzas en el siguiente. Enhorabuena. —Se apoyó en el borde de mi Polo Norte particular. Tan guapo, tan cercano, tan...él.

El de la próxima semana iba a ser mi artículo más picante hasta la fecha. Me acomodé las gafas como si fueran pestañas postizas. Ethan bajó la mirada hacia mi pelo recogido.

—¿Te has hecho un peinado distinto? Te favorece mucho.

—Em... Sí, alguien me hizo un regalo y me apetecía estrenarlo.

Pasé el dedo por la cinta con coquetería. Un momento, ¿sabía coquetear? Al parecer, sí, porque seguía ahí y me observaba con admiración.

—Pues ese alguien ha acertado de lleno.

Mi corazón se marcó un redoble de tambor.

Ethan se giró hacia la tundra glacial de Ryder.

—Nick, ponte las pilas si quieres la prima. Gin viene pisando fuerte.

—Los desafíos siempre me han gustado —contestó él, clavándome la mirada mientras estrangulaba su ratón con tanta fuerza que pensé que iba a estallar en piezas.

—Ese es el espíritu. La rivalidad saca lo mejor de los creativos —añadió—. Por cierto, ¿cómo va la organización de la fiesta?

—Estamos trabajando en ello —respondí antes que Nick.

—Estupendo. Sois mis mejores chicos y hacéis un gran equipo, nunca lo dudéis.

Me guiñó un ojo al irse. ¡Me guiñó un ojo!

Mi suspiro fue tan obvio que desde la mesa de enfrente se oyó un sonido mitad hastío, mitad atragantamiento.

—Te lo dije... —canturreé, levantándome y acercándome peligrosamente al lago helado de Nick—. Mi hombre del calendario es él. ¿Has visto cómo ha mencionado lo del lazo? Así, como quien no quiere la cosa... No deja de lanzarme señales para que sepa que es él.

—Las señales las ven hasta en la siguiente galaxia, y no me refiero a las de nuestro jefe, sino a esa cosa que llevas atada en la cabeza. Mi córnea se ha pasado toda la mañana esquivándola. Me tiene ciego. Hazle un favor a la humanidad y quítatelo.

—Pues si amenaza tu integridad ocular, me lo dejo puesto. Ya oíste a Ethan: me favorece. Tú tienes el gusto atrofiado y estás rabioso porque este año soy su favorita y te voy a ganar.

—Si eso fuera cierto, podría acusarte de hacerte con la prima porque el jefe quiere tirarse a su redactora borrachina. ¿Llamo a Recursos Humanos?

Me quedé helada.

—Retira eso ahora mismo. Sabes perfectamente que Ethan no está detrás de los clics. Eso lo deciden los lectores y yo no bebo en horario laboral.

—¿Y quién dice que no? Es su revista, sus reglas, su juego. Y si te quiere en su cama..., podría mover hilos.

La sangre me rugió en los oídos. Me incliné sobre su mesa hasta que nuestras respiraciones se tocaron en un puente invisible.

—Retira. Eso. Ya. Ethan es un hombre íntegro. Lo que no soportas es que crea que voy a ganarte y que sea su apuesta.

—Lo que no soporto —su boca quedó demasiado cerca— es que lo creas tú. No tienes ni una sola oportunidad contra mí, Ginebra.

«No mires su boca. No mires su boca. ¡que no lo hagas, desgraciada!».

«Tarde».

Tercera noche seguida soñando con Ryder y despertando tan encendida que Rudi en la ducha fue mi único salvavidas. Cada día era peor que el anterior. Se había instalado en mi sistema nervioso y estaba a esto de gritarle que se largara de mis sueños, porque lo peor de todo es que no me dejaba culminar.

No sé en qué momento se me resbaló el papelito del día 4 que llevaba sujeto a la muñeca por una goma de pelo. Lo que sí sé es que lo atrapó al vuelo.

«Zorro con pañuelo».

—Devuélveme eso.

Sonrió y bajó la vista. Lo leyó en alto, con su voz de barítono porno sin apartar sus ojos de los míos:

—«Tu manera de guardar detalles invisibles a los ojos de los demás, me desarma».

Toda mi saliva desapareció. Alguien le había dado al botón y me encendió todas las luces del árbol interno.

—Mmm... —Ladeó la cabeza—. Parece que tu admirador secreto ve más allá de tu ropa. ¿Le has enseñado las tetas a Ethan? ¿O tal vez a alguien más? Quizá ahí tengas tu respuesta. Si me las enseñas a mí, podría opinar...

El golpe de realidad me devolvió a la Tierra. Le arranqué la nota de un tirón.

—Eres odioso. Métete...

—¿Entre tus piernas?

Zas. Descarga directa donde no debía. Vi rojo. Y seda. Agarré su corbata con una mano y la grapadora con la otra. Clac. Clac. Clac. Corbata, mesa. Minimalismo intervenido.

—¡Eh! ¡¿Qué narices haces?! ¡Que es de seda! —protestó, ojos verdes en modo «acabas de mutilar a mi primogénito», cuerpo inclinado hacia delante pegado al teclado.

Le sonreí con suficiencia.

—Ahora es arte moderno. Instalación *site-specific*: «Pañuelín atado a la realidad y no a su imaginación lujuriosa». Que te quede claro: mis piernas están cerradas para ti y jamás me verás las tetas.

Él respiró por la nariz, como toro zen.

—Desgrápala.

—Pídemelo por favor y deja de soltar mamarrachadas; si lo haces, igual me lo pienso.

- Ginebra...
- Así no vamos bien... Ginger. Y, por cierto, te queda mejor así: menos estiradito, más en la postura que deberías adoptar siempre ante mí, haciendo reverencias.
- Apareció Lucy con una carpeta; se detuvo al ver el cuadro.
- ¿Todo bien?
- Ensayo general del *photocall* —dije, dándole mi mejor sonrisa—. No estamos al borde de un asesinato.
- Hmmm —Lucyladeó la cabeza, dejó la carpeta en mi mesa y desapareció, probablemente a rezar por nuestras almas.
- Nick tiró con cuidado. La grapadora había hecho bien su trabajo.
- No pienso ir a ver tus ubicaciones con un babero metálico colgando del cuello.
- Pues aprende a trabajar sin corbata; muchos lo han hecho y... la humanidad sigue viva.
- Él soltó un bufido elegante.
- Voy a comer, tú, sin embargo, deberías seguir, se te acaba el plazo para entregar tu artículo y el mío es magnífico, aunque no puedas hacer nada para superarme, estaría bien que lo intentaras.
- No subestimes ni mi poder creativo ni mi buen gusto.
- No lo hago, simplemente te haría bien asumir que este año es mío. —Me atreví a guiñarle un ojo coqueta—. A las cuatro, magia. No te asustes si mi ubicación también es mejor que tu azotea-morgue.
- Roofstop* —corrigió, pasando la mano por el tejido que no se había estropeado.
- Llámala como quieras, el resultado será el mismo. Que te aproveche tu sopa de letras....
- Él abrió la boca como si fuera a añadir algo más.
- Yo encendí la luz de mi suéter de reno luminoso. Sonreí al ver como arrugaba el ceño y bizqueaba. Fin del primer asalto.
- Se apartó lo justo para coger aire, y yo me alejé con el corazón en *sprint* olímpico. Tenía la cara encendida y la nota apretada contra el pecho.
- «Detalles invisibles...». Ay.
- A las cuatro nos veríamos las caras de nuevo y le demostraría al señor «30 caracteres» que mi ubicación en el edificio podía derretir hielo sin quemar tarjeta.





Nunca imaginé que estaría así de jodido..., pero Gin estaba arrasando. Superaba cada prueba sin despeinarse, su mente creativa funcionaba a mil por hora y yo, por primera vez desde que trabajábamos juntos, no podía pensar en otra cosa que en tirármela.

Así de triste. Mi *homo erectus* interior había aparecido de repente con fuerza, con ganas de desnudarla, tirarle del pelo y empujarla. ¡Puto ADN!

Había algo en su luz —tan intensa, cálida, a punto de fundirse— que me descolocaba por completo.

Incluso Ethan lo había notado: Gin no estaba tranquila, estaba entonadísima, supuraba feromonas por todas partes, ambientando toda la puñetera oficina, y mi mesa quedaba justo en frente de la suya.

No era enamoramiento, era pura química y efectos secundarios.

No me convenía nada. Necesitaba desconcentrarla a ella, no a mí. Romper su ritmo impecable, cambiar las reglas del juego. Pero ¿cómo? La respuesta me vino después, cuando me pillé a mí mismo analizando sus gestos: el modo en que se mordía el labio inferior cuando yo soltaba alguna pulla cargada de dobles sentidos; esa forma en que los humedecía esperando una reacción por mi parte, la mirada concentrada en mi boca cuando le sugería algo que apenas rozaba el terreno sexual.

Había leído algo sobre eso, cómo la atracción podía nublar la mente y dificultar el pensamiento creativo, especialmente en mujeres: altos niveles de excitación podían llegar a apagar la fluidez y la originalidad mental.

Eso era justo lo que necesitaba. Tecleé en busca de respuestas y... ¡Bingo!, ahí estaba el estudio.

Me lo leí de cabo a rabo, comer en estos casos estaba excesivamente valorado. Me lo bebí entero y mi mente hizo el resto.

«Brillante».

Si la hacía desearme, si lograba convertirme en su objeto de deseo, su ingenio se bloquearía. Una mujer anhelante no piensa con claridad, tendría el cerebro dividido en dos. En el tío del que estaba colgada, su fetiche de oficina y el seductor que convertía su entrepierna en el océano Pacífico, su rival de la mesa de enfrente, el *superfollable* de su vecino. No lo decía yo, sino la mitad de la plantilla de la revista.

El plan estaba en marcha desde ese momento: pulir mis pullas hasta que fueran sexis, insinuantes, perturbadoras. Me lo tomé como un reto creativo, casi artístico.

Iba a descolocar tanto a Ginger Hartley que en lo único que podría pensar sería en qué momento pasaría de las palabras a las guarradas.

Me pasé el resto del rato aporreando teclas, no sería mi mejor artículo, pero contrarrestaría el efecto Ginger, y cuando Ethan se lo leyó, alzó las comisuras de sus labios oliendo la guerra abierta entre el minimalismo práctico y el caos con luces.

—Muy potente, me alegra ver que has estado a la altura, Ryder, la semana que viene será muy divertida.

—No lo dudes.

A las cuatro, me presenté en la azotea del edificio.

Gin ya me estaba esperando arriba, me había mandado un wasap con la ubicación por si me perdía.

Caminaba junto a ella, con el viento mordiéndole el pelo.

Gin se apoyó en la barandilla y respiró hondo, armándose de valor para decir lo que venía.

—¿Sabes por qué me gusta tanto esta azotea y quiero convertirla en el hogar de nuestra fiesta? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Porque cuando llegué a Nueva York, todo me pareció demasiado grande y frío. El metro me apretaba, el ruido me aturdí y el despacho... el despacho me asfixiaba. Yo venía de un pueblo de montaña donde el silencio se rompe con villancicos y carcajadas. La nieve susurra auténtica, las montañas respiran a tu alrededor. Allí, todo tiene otro ritmo.

Se le encendieron los ojos mientras hablaba, como si las luces de la ciudad se hubieran mudado dentro de ella.

—Mi padre trabaja en un aserradero. Tiene esas manos enormes, firmes y llenas de callos que asustan, pero es la persona más delicada del mundo. Cuando las cosas no salían bien en el colegio, en el instituto, o en la vida en general, no necesitaba decir nada. Solo me rodeaba con esos brazos y parecía que podía sostener el peso del universo.

Me quedé callado. No me había esperado esa imagen, tan íntima y tan distinta a la Gin que se sentaba delante de mí en el despacho.

—Mi madre tiene una tienda de lanas. Teje jerséis como otros escriben novelas: cada uno con su historia, cada punto con intención. —Bajó la mirada al que llevaba puesto y se acarició el borde de la manga—. Cada uno de estos, te gusten o no, es un abrazo suyo, un recordatorio de que no importa lo lejos que estuviera, porque piensa en mí siendo su hija allí donde esté. Por eso no me importa lo que opine la mayoría, son más que algo absurdo que ponerse, son casa.

Y, entonces, lo entendí: no era moda lo que llevaba encima. Era hogar. Era un abrazo eterno en forma de lana ridícula con renos o luces parpadeantes.

—No lo sabía.

Gin sonrió, emocionada con su propio recuerdo.

—No tenías por qué. Mi hermano mayor, Daniel, siempre dice que soy un desastre, pero si alguien me toca, se convierte en oso *grizzly*. Mi cuñada es de esas que organizan fiestas perfectas con tres globos y una bandeja de galletas. Y

Olivia..., mi sobrina... —Se le suavizó la voz—. Tiene cinco años, canta villancicos desde que arranca septiembre y me llama «Tía Gingerbread». Cuando pienso en Navidad, pienso en ella desgañitándose con *Jingle Bells* mientras yo la persigo con chocolate caliente para que no pierda la voz.

La escuchaba hablar y se me hacía un nudo en la garganta que no esperaba.

—Y mi hermana pequeña, Amy... —Rio con ternura—. Dirige una cafetería-librería en el pueblo. Por las mañanas huele a café recién molido y por las noches organiza lecturas conjuntas, de poemas, firmas con autores e incluso karaoke el fin de semana. Parece tranquila, pero cuando sube al escenario, se convierte en diva ochentera. Es la que más me pincha con mi vida amorosa, aunque luego es más romántica que yo.

Hablaba de ellos con tanta pasión que era imposible no sentirlos presentes.

Podía imaginarlos a todos: el padre con sus brazos de refugio, la madre envolviendo el mundo en lana, la sobrina como cascabel humano, la hermana con olor a café y tinta. Ese era el mundo que Gin llevaba puesto encima cada día, como si los hubiera tejido todos en sus jerséis estafalorios.

—Quiero recrear todo eso aquí —añadió, mirando de nuevo la azotea—. Que esa noche sea un pedacito de mi casa, porque esta redacción... es mi familia en la ciudad.

El viento helado le enredó los rizos y tuve que apartar uno de su mejilla. Ella no se movió.

No era momento para bromas. Ni para sarcasmos. Ni para mi estrategia absurda de «seductor para desconcentrarla». Era el momento de admitir que estaba fascinado por aquella desconocida que creía conocer tanto.

Y eso... eso sí que me asustaba.

—Lo que dices es muy bonito, Gin.

Ella sonrió, algo avergonzada, como si no supiera qué hacer con un cumplido sincero viniendo de mí.

—Gracias.

Entonces se apartó de la barandilla y empezó a moverse por la azotea como una directora de orquesta improvisada. Señalaba esquinas, recorría el perímetro, giraba sobre sus botas con ese aire chispeante suyo, pero sus palabras fluían con una claridad contagiosa.

—Mira, aquí pondría el escenario, pequeño, nada de plataformas frías: madera oscura, adornada con guirnaldas de pino natural y bombillas cálidas colgando en cascada. A la derecha, un rincón con mesas altas y mantas de cuadros escoceses para quien quiera quedarse a charlar con el vaso de chocolate caliente entre las manos. Allí —señaló otra esquina—, un puesto de galletas recién horneadas, que huele a canela y vainilla toda la noche.

Giró sobre sí misma, los rizos en guerra con el viento.

—El árbol... no uno de plástico de tres metros, sino uno auténtico, que huele a resina. Con adornos distintos, los trabajadores podrían traer algunos para hacerlo más personal, cada uno con historia, como en mi casa. Y la música en directo, villancicos con un giro divertido. Nada de DJ con *playlists* impersonales: quiero que se rían, que canten, que se abracen.

Se detuvo frente a la puerta de acceso, respirando agitada, las mejillas encendidas por la emoción.

—Y justo aquí, en la entrada, un arco de luces. Que quien cruce sienta que entra en casa.

Me quedé callado, viéndola moverse, hablar, soñar con la misma intensidad con la que otros se lanzan a besar. Y por un instante entendí que su caos no era desorden: era pasión. Era vida.

El viento decidió colarse fuerte en ese momento. El lazo verde de su pelo salió disparado como si quisiera huir hacia el *skyline*. Ella soltó un grito, llevándose las manos al recogido.

Yo reaccioné sin pensar, atrapándolo a centímetros de su cara. Nos quedamos tan cerca que pude sentir la calidez de su respiración mezclada con el aire helado.

—Tranquila, lo tengo —murmuré, apartándole un mechón rebelde de la cara.

Su pecho subía y bajaba, descontrolado, y no supe si era por el viento o por mí.

Sin pedir permiso, recogí su pelo entre mis manos y empecé a atarlo con el lazo. Sus rizos me rozaban los nudillos, suaves y desobedientes, y su mejilla quedó peligrosamente cerca.

Aspiré su aroma cálido.

—Hueles a canela y naranja... con un punto de jengibre —dije, ronco.

La tensión nos envolvió como un imán.

Estábamos demasiado pegados, el instante se había vuelto tan íntimo que necesitaba espacio para pensar. No sabía cómo salir del lugar al que me había transportado.

—¿Dónde has aprendido a hacer coletas? —preguntó, con un hilo de voz tembloroso dejándome hacer.

Sus ojos castaños tenían las pupilas dilatadas y podía contar cada maldita peca de su nariz.

Necesitaba remontar y volver a mi nuevo papel.

—¿De verdad quieres saberlo? —asintió y yo me agaché para quedar a la altura de su oreja mientras desplazaba las yemas por la parte posterior de su cuello.

—Aprendí a hacerlas mientras me hacían... cosas... —Bajé el tono de voz a uno más oscuro—. Para facilitar la mamada perfecta, sin pelo en la cara, sin interrupciones. —Gin se estremeció y el vello de su nuca se erizó—. Me encanta tirar de ellas y enrollarlas en mi muñeca cuando me dan placer con la boca. Son prácticas.

Entonces me aparté.

El rubor le subió como una ola, encendiéndola entera. Un sonido suave, casi un gemido, se le escapó sin querer.

Sonreí, victorioso y con la entrepierna apretada al imaginar esos labios recién humedecidos coronándola.

«Chica mala...».

—¡Nick! —logró protestar con el pecho subiendo y bajando alterado.

—No haber preguntado si no querías escuchar la respuesta.

Me obligué a abrir la puerta, porque si no, la iba a besar allí mismo, con el Hudson como testigo. Di un paso atrás, respirando hondo.

—Vamos, mi «morgue-azotea» nos espera —dije, fingiendo suficiencia para apagar el fuego que me devoraba por dentro.

Ella rodó los ojos, todavía sonrojada, pero la electricidad que flotaba entre nosotros no desapareció. Ni de lejos.



El Venue Boutique era un alarde de dinero, clase y ostentación. Mármol pulido, lámparas como joyas de museo y un silencio de catedral. El encargado nos recibió con una sonrisa tensa, de esas que solo se curvan cuando huelen propina.

—Nuestra cubertería es de acero sueco, diseño exclusivo —entonó, como si recitara un poema erótico.

—Los manteles, importados de Florencia. La iluminación, regulable en diez tonos cálidos que van del blanco ártico al blanco etíope...

A mi lado, Gin me miró con los labios apretados y los ojos chispeando burla. Una chispa que me dio ganas de reír, aunque intenté contenerme.

Se inclinó hacia mí y susurró:

—Esto debe ser un festival Holi para tus sentidos, con tantos colores distintos. No sabía que los etíopes tenían un tono propio.

Tuve que toser para no soltar la carcajada.

Gin, muy seria, alzó su naricilla de elfo y contempló al encargado con aire solemne.

—¿Podría dejarnos un momento a solas? Necesitamos empaparnos del entorno con calma para debatir.

El tipo se giró como si acabara de pedirle a su primogénito. Sus ojos bajaron a las orejas de reno que Gin llevaba colgando del cuello. Su ceño se arrugó con sospecha.

—No se preocupe —dijo ella, sonriente pero firme—, gano lo suficiente como para no robarle la vajilla.

—Y si lo hace, yo se la pago —rematé, incapaz de resistirme.

El encargado bufó como toro al que le clavan la banderilla equivocada y desapareció con la dignidad hecha añicos.

La carcajada de Gin explotó en la sala y me sacudió más de lo que debería.

—Por favor, dime que este lugar sin alma no te gusta de verdad.

—Bueno, los veinte tonos de blanco tienen su punto... Así podemos venir todos vestidos de negro —respondí.

Ella me señaló con un dedo acusador.

—Confirmado: eres hijo de Satán. Por eso te van tanto los tonos carbón.

—Ojalá.

—Pues si no es eso..., ya lo tengo. Princeso por sorpresa. Tu sangre tiene que ser más azul que los bolis de la oficina.

No pude evitarlo: solté una carcajada real, tan inesperada que me dolieron los abdominales.

—Frío, frío. Mi padre era policía y mi madre enseñaba literatura inglesa en la universidad. No hay una gota de sangre real en mis venas.

La expresión de Gin cambió de burla a algo más suave.

—¿Eran? ¿Se han jubilado?

Negué despacio.

—Papá murió hace unos años y mi madre ya no ejerce.

El rubor desapareció de sus mejillas, sustituido por pesar.

—Lo siento..., no debí preguntar.

—No pasa nada. Todos nacemos para morir.

—Qué tétrico.

—Realista.

Ella bajó un poco la voz.

—Yo no me imagino una vida sin mis padres. Aunque sé que es ley de vida y que llegará el momento, preferiría ser yo quien se marchara primero.

—Seguro que si les preguntas a ellos opinarían lo contrario, es lo que suele pasar con las personas que te importan.

El silencio se sintió distinto. No incómodo, sino real. Como si por primera vez estuviera viéndome de verdad.

Es curioso, pasas dos años y medio trabajando con alguien, crees que lo conoces y basta una simple tarde para que te des cuenta de que nada de lo que habías intuido era la respuesta correcta.

—¿Y tu madre? —preguntó, curiosa.

No pensaba contarle toda la verdad, no me gustaba hablar con nadie sobre mis problemas.

—Sigue en pie de guerra. Es fuerte. Siempre con un libro cerca. Intentó que Eric y yo amáramos la literatura, pero ninguno salió escritor, poeta o profesor.

—Bueno, pero tus artículos son de los más leídos, seguro que se siente orgullosa de que el arte forme parte de tu ADN.

Gin me sonrió con ternura, y eso... eso era peligroso.

—Ese aire correcto seguro que te viene de ella.

Negué, esbozando media sonrisa.

—Ahí te equivocas. Soy calcado a mi padre. Ella siempre fue un alma libre, rebelde y muy suya.

«Como tú, aunque, después de lo que has dicho de tu familia, ya no lo tengo tan claro».

Gin asintió, pero enseguida empezó a caminar entre las mesas, dándome un espacio que no le había pedido.

El salón parecía un museo: mármol, copas con contrato de pureza eterna, manteles tan tensos que, si los tocabas, te devolvían un «error 404: arruga no encontrada». Era mi propuesta, sí..., pero al verla a ella con esos ojos encendidos tuve que admitirlo: el sitio pedía alma a gritos.

Gin inspiró hondo y se lanzó.

—Vale, voy a analizarlo con tus ojos. Si esto es lo que tenemos... Aquí iría el *catering* real. No cucharitas de diseño con aire comprimido, sino comida que

huela a Navidad: mini *grilled cheese* con arándanos, sopita de calabaza en vasitos, bocados que te obliguen a repetir.

Mi cerebro anti-espumillón dijo *meh*. Mi estómago gritó adopta a esta mujer.

—Allí pondría mantas de cuadros para charlar mirando las luces, eso no es negociable —continuó—. Y en esa esquina, mesa de galletas con glaseado para pringarse sin remordimientos. Prohibido el minimalismo triste, ¡Arriba las fuentes de chocolate!

Alzó sus brazos victoriosa y mi mente la reubicó, sin ropa cubierta de dulce pringoso para limpiárselo con la lengua.

La seguí hipnotizado. Sus rizos rebeldes parecían bailar con la ciudad de fondo.

—Y desde aquí... —Se subió de golpe a una mesa—. Desde aquí daríamos la bienvenida. Nada de «estimados compañeros». Yo diría: «¡Feliz Navidad! Pasad, reíd, bebed... y recordad que, si rompéis algo, os hipotecaréis hasta la jubilación».

Se sentó, cruzó las piernas y balanceó el pie. Las lámparas la recortaban como si fuera la estrella de un escenario. Yo, que venía dispuesto a defender mi presupuesto, me descubrí sonriendo como un idiota.

—¿Demasiado directo? —preguntó, con cara de saber que justo por eso funcionaba.

—Demasiado... peligroso, si los recibes así, sentada sobre una mesa —contesté. Y mi voz salió una octava por debajo.

Mi imaginación, que debería cobrar horas extra, abrió una pestaña titulada: «Cosas que definitivamente no debes visualizar en horario laboral». En la portada, una pelirroja sentada sobre mármol cubierto por mantel, corbata arrancada, calor en todas partes y mi boca hambrienta.

Gin apoyó las manos a cada lado de su cuerpo, parecía estar lista para lo que se le venía encima.

—¿Dónde ves el peligro? ¿Crees que peso demasiado y puedo partirla?

«El que podría partirla soy yo, contigo debajo, Hartley».

—¿Y lo más importante? —continuó—. ¿Dónde pondrías tu toque minimalista sin matar la magia?

Sacudí la imagen mental y respondí:

—Iluminación regulable, dos ambientes, flujo de servicio limpio... —Ella alzó una ceja.

—Tierra llamando a Nick, ¿puedes hablar en humano?

—Contigo subida ahí arriba la cosa se me complica... Alguien podría desear lo que no le corresponde.

—¿Te refieres a ti? —Su sonrisa fue un crimen en toda regla.

Me incliné. Apoyé una mano en la mesa, muy cerca de su muslo. La otra quedó suspendida, indecisa entre ser caballero o cometer un error delicioso. Su perfume de canela y naranja me subió sin tregua.

—Este lugar tendría alma si tú estuvieras dentro —admití.

Gin dejó de balancear el pie. Sus labios se separaron apenas. El aire se volvió fuego controlado.

—Ah, ¿sí? —susurró—. ¿Y qué más necesita este sitio?

¿Estaba coqueteando conmigo?

Era la primera vez en mi vida que consideraba erótica una mujer con un suéter de renos luminoso y *leggings* afelpados. Algo en mí estaba muy mal, debía ser que necesitaba sexo.

—Una bienvenida con acento de pueblo de montaña —me acerqué más—. Y un comienzo memorable.

Estaba jugando con fuego, sin embargo, ella no parecía apartarse.

—¿Memorable tipo «aplausos», o tipo «esto no va en el informe»? —me retó.

Tragué saliva.

—Tipo «esto no va en ningún sitio, y si alguien lo graba, será material clasificado».

Ella tragó también. Nuestros labios quedaron a un centímetro. Mi corazón aceleró.

—Nick... —Mi nombre en su boca sonó demasiado bien. Alcé la mano y volví a recolocarle un rizo rebelde.

—¿Qué?

—¿Po-por qué me da la impresión de que quieres besarme?

Su sinceridad me desarmaba.

—¿Pasaría algo si quisiera?

No respondió. No con palabras. Su lengua rosada se paseó díscola sobre su boca y mi cromañón interior estaba dispuesto a saltar sobre ella. La cuerda floja se tensó. Mi mano rozó el mantel y sentí el temblor mínimo de su rodilla. Estaba a punto de besarla.

—Señor Ryder, señorita Hartley...

La voz engolada del encargado rebotó en el mármol como un himno fúnebre. Gin pegó un respingo de gato sorprendido y yo me enderecé tan rápido que mi columna pidió baja laboral.

—¿Desean ver el catálogo de cuberterías? —insistió, levantando una carpeta como Moisés con las tablas de la ley.

Gin saltó de la mesa con una sonrisa demasiado profesional para su rubor.

—Estamos estupendamente, gracias.

—Solo evaluábamos la ergonomía del mobiliario —añadí.

—Mesas muy robustas, enhorabuena al artesano —remató Gin, brillante.

—Son de mármol de Carrara —dijo el encargado con un leve carraspeo.

—Razón de más, mi padre talla ranas en troncos de sequoia y no vea lo que le cuesta. —Gin sonrió como si hubiera descubierto un nuevo planeta.

El hombre nos miró con desconfianza.

—¿Necesitan ver algo más?

—No. Creo que ya lo tenemos claro —respondí—. Y sospecho que mi compañera no pondrá objeciones a mi decisión.

El hombre se irguió satisfecho.

—No me extraña, es difícil competir con nosotros. Están de suerte en que aceptáramos su propuesta, hay cola para reservar.

—Entonces son ellos los que están de suerte, porque no nos lo vamos a quedar. Feliz Navidad, señor Billoby.

Rose Gate

La perplejidad en su cara fue épica, pero nada comparado con la mezcla de júbilo y desconcierto en el rostro de Gin.

La tomé de la mano en un gesto inesperado que no rechazó.

Mientras nos alejábamos del mausoleo preguntó:

—¿Estás seguro?

—Más que nunca. Nuestra azotea es perfecta. Y tu ubicación me da un margen de cinco mil dólares para subir la apuesta en mi próxima propuesta.

Ella asintió, satisfecha. Ajustó el lazo de su pelo, se colgó las orejeras y caminó hacia la salida con ese andar que hacía temblar todos mis planes.

La seguí, impecable por fuera, a la deriva por dentro.

Había venido a desconcentrarla.

La realidad: solo necesité un par de sus sonrisas para desconcentrarme yo.





6 de Diciembre

Me pasé el fin de semana dando vueltas como un hámster en la rueda de mi piso. Sasha y Julian tenían planes y a mí no me apetecía salir sola por la ciudad a conocer gente nueva, suficiente tenía ya con todo lo que ocurría en la oficina como para agregar más personas a la ecuación.

Mi nevera estaba tan llena como mis neuronas y mi refugio vital estaba a un adorno de no admitir más, así que... tocó finde de reclusión, pelis, villancicos y mimos gatunos.

El sábado amaneció con esa luz rara que entra a través de las persianas cuando Nueva York decide regalarte un respiro y no sonar a bocinas y ambulancias a las siete de la mañana.

Debería haberme sentido aliviada de no tener que ver a Pañuelín; sin embargo, mi cerebro estaba en modo *repeat* desde el viernes por la tarde: «¿Iba a besarme, o no?, ¿iba a besarme, o no?».

¿Y si era uno de esos juegos absurdos suyos desquiciantes?

Uno que habría terminado conmigo subida en aquella mesa, una pose ridícula de besando a un arenque, y un «sabía que no ibas a resistirte a mis encantos en cuanto me lo propusiera» por su parte.

Los tíos como Nick Ryder no se encaprichan de chicas como yo, a no ser que sea una novela romántica de las que tanto le flipan a mi hermana, se trate de una apuesta con sus amigos o esté muy beodo, en cuyo caso, cualquier agujero pasa a ser el tipo de cualquier tío, por muy inalcanzable que sea.

Conociéndolo, podía ser que simplemente me estuviera poniendo a prueba.

En mi defensa diré que no estaba habituada a aquel ser extraño que lo poseyó fuera de horario laboral, el que me preguntaba por mi vida lejos de la ciudad y hasta parecía interesarle.

¡Qué poco me recordaba ese Nick a mi odioso Pañuelín!

«¿Debería llamar a un cura para que le realizara un exorcismo?».

«Tal vez», el problema era que me gustaba ese nuevo Nick.

«Hala, ¡ya lo había dicho!».

Necesitaba un antídoto, porque ese Ryder no le sentaba nada bien a mi corazón, ni a mi entrepierna, que no dejaban de mandarse señales confusas entre ellos.

El antídoto perfecto tenía nombre y apellido: Ethan Cole.

Juro que intenté hacer mil manifestaciones para soñar con él la noche del viernes. Me revolví entre las sábanas buscando esa sensación de calidez reconfortante que despertaba en mí.

Sin embargo, estuve hasta altas horas buscando excusas en mi cabeza para que lo ocurrido en el Venue Boutique no contara. Me repetí que, si Nick había terminado aceptando mi opción con tanta facilidad, fue porque el encargado pedante quitó todo el encanto a su ubicación por culpa de los manteles florentinos. Eran demasiado delicados para soportar a mis compañeros alcoholizados, y si accedió a mi azotea, fue por ahorrarse cinco mil dólares que emplearía para tumbarme en otra de las partidas de la fiesta.

Y ahí vino el problema, porque fue mi último pensamiento y eso me llevó a estar sentada, muy desnuda, sobre una de las mesas y su maldito pañuelo sobre mis ojos, mientras me murmuraba guarradas de poeta en la oreja.

Me levanté despeinada, y Rudolf —tambor principal de mi orquesta de ansiedad— reclamó comida acomodado cual emperador en mi tripa, con un maullido digno de Broadway. Aparté la sábana: estaba acalorada y cabreada.

¿Y si la felpa de mi cama era la culpable de mis desvelos?

El sábado cambié toda la ropa de cama. Que la ciencia hablara.

Abrí el sobrecito de salmón *gourmet* (que costaba más que mi café semanal) y se lo serví a mi gato—reno en su cuenco. Necesitaba apartar a Ryder de mi mente, así que hice lo que mejor se me da: ritual de calendario. Ni había abierto el *mail* y mi compañero de piso ya exigía rascada de rabo sobre mis piernas.

—Cómo se nota que eres un tío... —le dije, y su babeo se desató en cuanto mis uñas encontraron su sitio favorito—. Debería llevarte al veterinario; este desajuste salival no es normal. Por ahora, eres el único macho que babea por mí, y así estamos bien.

Rudolf ronroneó como un tractorcito. Yo, en cambio, pensaba en Ethan y Nick. El primero me hacía suspirar como adolescente con póster. El segundo... había estado a un centímetro de convertirme en material clasificado dentro de un salón minimalista.

Sacudí la cabeza. Prohibido pensar en labios *mordibles*, corbatas negras y voces roncas.

Tocaba abrir el calendario. Mejor terapia no había.

Dejé de rascar el trasero de mi gato, le di un trago al café y pulsé el acertijo del día 5. La adivinanza rezaba:

«De madera y de gala: sonrió tieso y parto lo duro sin despeinarme».

«El rabo de Nick».

«¡No, no es el rabo de Nick!», me regañé, aunque probablemente él pudiera hacerlo todo sonriendo, con condón de gala. Mis neuronas estaban en huelga con pancarta. Mis pensamientos eran lo más puto enfermo del universo...

Como no daba con la respuesta, decidí hacer algo que siempre me aliviaba en momentos de estrés, recolocar la decoración del árbol que Rudolf había desmontado por la noche. Tras cuarenta minutos devolviendo cada figura a su sitio, caí: no, los acertijos no iban de penes envueltos para regalo; iban de Navidad. Lo supe al quedarme cara a cara con el cascanueces de madera que papá me talló hace tres años.

La ventanita del calendario físico —sí, me lo llevé a casa, la oficina cierra en finde—, me regaló un pin esmaltado de mi soldadito favorito, precioso, con detalles rojos y dorados que brillaban al sol. Lo sujeté entre los dedos y, por un instante, me encontré siendo una niña otra vez, a mi madre le encantaba escondernos pequeños tesoros en los calcetines de la chimenea.

La nota era lo que me desmontaba siempre.

Con el número en mi poder fui hacia el calendario y lo introduje nerviosa.

Mis ojos se desplazaron por cada palabra hasta lograr arrancarme un suspiro.

«No eres orden, eres impulso... y, aun así, haces latir lo que parecía intocable».

La opción «mi jefe» volvió a materializarse. Estaba convencida de que era él, diciéndome que estaba listo para enamorarse de nuevo... de mí.

Me pasé el día fantaseando con el lunes, sin pijama de renos. Trabajé a medias en un borrador que no salía: cada vez que escribía «mantel», mi mente proyectaba a Ryder apoyando la mano en la mesa, inclinado sobre mí, con ese maldito «¿pasaría algo si quisiera?» que me fundió la placa base. Cuando se lo cuente a Sasha, me insultará por no haber aceptado el reto.

Por la tarde me hice una maratón de pelis navideñas y estuve a dos clics de mandarle un mensaje inadecuado al jefe. Me contuve. No todavía. Tenía que seguir con las pistas.

La adivinanza del domingo venía con mala leche:

«Nací curvo: enderezo el ánimo si me hundo en tu boca y me llenas de lametazos».

Mi cortocircuitado cerebro repitió:

«El rabo de Nick», pese a saber la respuesta.

«¡Mierda de pensamientos reiterativos!».

Si ni siquiera sabía si la tenía curvada, aunque, con lo recto que era, no le pegaba nada.

Tuve suerte de que esa adivinanza saliera —en versión para menores de dieciocho años—, en un libro de acertijos que mi hermana le regaló a nuestra sobrina el año pasado y que me hizo leerle de cabo a... «No vuelvas a pensar en rabos». Pues eso.

Tampoco hacía falta ser Einstein para acertar que se trataba de un bastón de caramelo. La ventanita me trajo uno *gourmet*, enorme, con rayas perfectas y un renito precioso abrazado a él.

Lo olí y el azúcar casi me despeinó de golpe. La nota, por supuesto, volvió a ser dinamita:

«Cuando cualquier cosa se tuerce, tu humor lo endereza».

Me quedé mirándola largo rato, con el bastón de caramelo apoyado en la barbilla.

¿De verdad alguien me veía así? ¿Capaz de enderezar lo torcido? Yo, que apenas conseguía mantener rectas mis gafas en la nariz. Me sentí valorada, admirada y... ¿deseada?

La temperatura subía.

Ethan siempre alababa mi humor —no como Nick, que lo ninguneaba—, así que seguía en el podio como único candidato. Tal vez no quería otro.

Decidí que tantas molestias requerían un poquito de agradecimiento de mi parte.

Le pedí a Alexa que reprodujera *Jingle Bells Rock*, de Bobby Helms, y saqué los ingredientes para elaborar mis galletas de jengibre favoritas, mañana alguien desayunaría como un rey.

Tanta alegría hizo que me pasara con la masa e hiciera de más, así que horné unas que recubrí con glaseado especial mientras Ariadna Grande cantaba *Santa Tell Me*, yo movía el trasero y sonreía porque a una de ellas se le había corrido el glaseado formando una especie de pañuelo en la solapa y caí en la tentación de poner las iniciales NR.

Me dije que se la daría solo para que no se comiera la mía.

Las dejé secando fuera del alcance de Rudolf.

No es que a mi gato le fueran los dulces, lo que le apasionaba era meter la zarpa para jugar con cualquier objeto que tuviera aspecto de *estropeable*.

A las cuatro, estaba harta de mi apartamento y saqué la patita fuera. Starbucks, Pumpkin Spice Latte, portátil, rincón de siempre: justo a tiempo para la videollamada familiar.

Mamá apareció en pantalla, agujas en mano y medio jersey colgando.

—¡Ginny! —saludó con esa sonrisa que podría encender el año nuevo. Todo el mundo decía que había heredado tres cosas de ella; la miopía, el color de pelo y su boca.

—Hola, mamá —saludé, alisándome un rizo inútilmente.

Papá se asomó con su café humeante (mi vicio es culpa suya).

—¿Dónde está ese gato que ha engordado tanto como yo?

—Papá, estoy en una cafetería; no dejan entrar animales.

—Menuda estupidez. En la tele salen gatos con arnés.

—A Rudolf no le gusta el frío en las patas.

—¡Puedo hacerle unos patucos de croché! —propuso mamá.

—Se le calarían, mamá. Y tú —miré al corpachón de papá— no has engordado, eres puro músculo. Rudolf es de raza grande.

—Justo como yo —replicó muy serio, dándose un golpecito en la tripa.

No pude evitar reír.

La cámara se movió y entraron en plano Daniel, mi hermano mayor, con Laura, su mujer, y la pequeña Olivia pegada al micrófono.

Les encantaba comer los domingos en casa de mamá y pasarse la tarde jugando a juegos de mesa.

—¡Tía Gingerbread! —chilló mi sobrina, con un villancico empezando a salirle en bucle—. *Jingle Bells, jingle Bells, jingle all the way...*

—Oh, por favor, ¡no otra vez! —dije mientras Daniel se tapaba las orejas de broma.

Laura me saludó con una calidez que atravesaba la pantalla.

—Gin, ¿vas a venir el próximo fin de semana? Sabes que el viernes arranca la feria navideña y el sábado es el cumpleaños de Amy.

Amy, mi hermana pequeña, apareció al fondo, levantando la mano como si necesitara permiso para existir.

—No hace falta que vengas si estás liada... —murmuró.

—¿Perderme tu cumpleaños? ¿Y la feria de Tannersville? Ni loca. Aunque supongo que tendré que aguantar tus canciones de karaoke ochentero...

Ella me sacó la lengua, lo que confirmó que estaba feliz de que fuera.

Mi madre intervino, levantando su jersey a medio hacer.

—Te estoy tejiendo otro. Con un reno más grande, para que tu jefe no tenga que entrecerrar los ojos cuando lo vea.

—Mamá... —Me tapé la cara.

—¿El jefe o el del pañuelo ridículo? —preguntó mi padre, seco.

Casi me atraganté con el café.

—¡Papá! —puede que hubiera hablado en casa de Pañuelín... Y tal vez, solo tal vez... Lo hubiera imitado poniéndome una servilleta de papel en uno de mis jerséis con bolsillo.

Risas. Y yo con muchísimas ganas de estar allí.

Cuando colgamos me quedé mirando la pantalla en negro. El barullo del café no me afectaba; me afectaba la ausencia de mi gente. Cerré el portátil, vacié el vaso y caminé a casa con ese regusto de tristeza que se te queda colgando cuando dices «hasta la semana que viene» a 565 habitantes que te conocen por el nombre.

En cuanto llegué, Rudolf me recibió amasando mis piernas.

—Tú también estás estresado, ¿eh? Normal: si yo voy encendida, tú también. Trataré de relajarme. Eres suficiente para mí, ¿sabes? El único hombre que me llena de baba... y así estamos bien.

Lo dije en voz alta, convencida.

Mentira.

Porque algo se había despertado en mí: el reloj biológico del sexo por necesidad (qué elegante suena, Ginger). Tenía que ser eso lo que hacía que la voz de Nick, sus ojos verdes y esa pregunta siguieran repicando en mi cabeza como villancico imposible de apagar.

Había una solución sencilla: acostarme con Ethan antes de que la mala idea de hacerlo con Nick me empujara a la tontería más grande del año.

Me quedé mirando el techo, conté hasta diez, y a los once ya estaba imaginando el lunes. No el beso (prohibido), no la mesa (doblemente prohibido),

Rose Gate

sino el plan: sonreírle a mi jefe, llevarle galletas y que el fantasma de Nick no tuviera hueco entre las luces del árbol, ni entre mis piernas.

Ojalá fuera tan fácil.



5-6 de Diciembre

El sábado abrí los ojos y tuve exactamente dos pensamientos consecutivos:

No iba a ver a Gin en todo el fin de semana.

Iba a pensar en Gin todo el fin de semana.

Gran fracaso estratégico en ambos sentidos.

Me levanté como un zombi con resaca emocional. Café, ducha, portátil. El plan era sencillo: cerrar tres cosas antes de mediodía. Uno: presupuesto de proveedores renovado. Dos: un borrador de *timings* que llevaba arrastrando desde el martes. Tres: apagar el incendio en mi cabeza provocado por un casi beso que no debía haber existido.

Prioricé mal. El Excel se quedó en blanco veinte minutos mientras yo miraba la celda como si en ella fueran a aparecer sus rizos.

«¿Pasaría algo si quisiera?».

Qué clase de imbécil dice eso. Yo, al parecer.

Cerré el portátil de golpe, porque ya estaba a un paso de teclear su nombre como contraseña de acceso.

Decidí correr. Lo único que mantenía cierto orden en mi vida era el asfalto, el sudor y el aire frío dándole la bienvenida a mi cara. Mamá todavía dormía y cerré con llave por si acaso se levantaba con el pie cambiado y le daba por salir en zapatillas a «dar un paseo breve».

El alzhéimer era una ruleta rusa; la mayoría de las veces cargaba el tambor vacío, pero cuando apretaba el gatillo, no había quién lo frenara.

Decidí tomar la ruta de siempre que bordeaba el río.

Quince minutos de nada en la cabeza, luego cinco de todo lo contrario: la curva de su cuello, la mirada brillante cuando hablaba de su familia, del pueblo, de la montaña. El gesto entusiasmado de sus manos describiendo luces

navideñas y ese lazo verde que se empeñaba en salirse de su sitio como un rebelde con causa.

Paré a estirar, apoyando la frente en la manga. Mi mantra: «Solo es atracción, Ryder, un accidente hormonal». Utilízala para ganar. No te jode más que si fuera alergia al polen.

Volví con los pulmones quemando y tres llamadas perdidas de mamá. Mensaje de voz: arrancaba con «no es urgente, cariño» y terminaba con la lista de cosas que sí lo eran. Bombilla fundida en el baño, termostato muerto —lo que se traducía con ducha helada a mi llegada— y cajas del trastero para sacar el árbol que quería colocar en el salón.

Lo que menos me apetecía era congelarme las pelotas en diciembre, pero ahí estaba el castigo.

Subí los peldaños del edificio con la sensación de estar a punto de entrar a un examen sorpresa.

Me abrió con el moño de combate y un libro bajo el brazo como si fuera un escudo. Una profesora retirada jamás abandona el aula: solo cambia de escenario, aunque su enfermedad jugara a las sillas musicales. Ese día había suerte: me reconoció sin necesidad del pañuelo.

—¿Vienes con esa cara por mi llamada? —preguntó, ajustándose las gafas.

—Vengo con esta cara porque existen los sábados por la mañana. Y porque después de correr diez kilómetros me toca ducharme con agua helada —solté las cajas en el suelo—. Aquí tienes.

—Las duchas frías son buenas para la musculatura, lo dicen los deportistas de élite.

«Y para cortar erecciones», pensé.

—La cosa es que yo no lo soy, mamá. Voy a mirar a ver si localizo el fallo. No soy ingeniero, pero si Nate el manitas lo explica en YouTube, puedo hacerlo.

—Pídele ayuda a tu padre, ya sabes que se le dan bien estas cosas.

El comentario me sacudió como un *flash*. Los recuerdos de él siempre me entraban como un golpe seco al estómago. Ella sonrió como si no hubiera pasado nada y se fue directa a la cocina.

Cinco vídeos de Nate después, el termostato resucitó. No me dieron un diploma, pero me di la ducha caliente que me merecía. Salí con vaqueros y una sudadera vieja de la uni que aún me quedaba bien.

Mamá estaba revolviendo las cajas. Una tenía el árbol; la otra... No tenía nada de navideña.

—Te has confundido —me enseñó la etiqueta—. Esta es de tu etapa universitaria —señaló la pegatina que había obviado por completo.

La abrí. Dentro había cuadernos, una camiseta del equipo, un Keats subrayado (culpa de ella), un gorro de lana, un par de trofeos absurdos de atletismo y una banda de capitán amarillenta. Evidencias de que alguna vez tuve veinte años, aunque hubiera nacido con treinta.

—Mira, aquí tienes pruebas de que fuiste joven —dijo ella, plantando el árbol en la esquina como si me hubiera leído la mente—. Siempre tan cabal, tan decidido, tan responsable. Te hiciste mayor antes de tiempo. A veces deberías soltarte un poco.

—Gracias por la poesía.

—No es poesía, es un consejo de vida.

Suspiré.

—Cada uno es como es, mamá.

«Ya hiciste tú suficientes locuras por los dos».

Montamos el árbol. El mismo de siempre: lucecitas amarillas, adornos de mercadillos navideños a los que íbamos de pequeños y dos que le regaló alguno de sus alumnos que sobrevivían a todo. Uno de una máquina de escribir minúscula y otro de una taza de té.

—¿Has pensado tanto que ya te has cansado de pensar? —disparó de repente. Levanté la vista. Ella me examinaba con esa mirada de rayos X. —¿O es que hay alguien que te suaviza la cara?

No entendí por dónde iba hasta que me di cuenta.

—¿Se llama...? —insistió.

—No se llama —mentí con disciplina.

—Ah.

En dialecto materno, «ah» significa: «no te creo una mierda, pero tampoco voy a torturarte».

Guardé silencio. Ella se sentó en su butaca con el libro, pero me tenía acorralado.

—Tengo la cabeza en otra parte, eso es todo.

—¿Y esa parte tiene que ver con tu cita de ayer?

—No fue una cita, salí con una compañera de trabajo, nos han encargado a los dos la fiesta de trabajadores y vamos a tener que vernos bastante estos días fuera de la oficina.

—¿Y esa compañera tuya es guapa? ¿Lista? ¿Interesante?

—Supongo que para alguien lo será.

—¿Para ti no?

—No es mi tipo. Demasiado caótica.

Sonrió con esa media curva que me hizo apretar la mandíbula.

—Discutimos por todo —admití al fin—. Yo digo flujo de servicio, ella dice *plaid*s de cuadros. Yo digo iluminación regulable, ella cascadas de bombillas con música. Yo digo no, ella sí.

—Comprendo.

—No, no comprendes. —Solté el cable de las luces—. Está en la mesa de enfrente, su escritorio parece un estercolero creativo, me saca de quicio con sus pullas. Somos como el agua y el aceite.

—¿Y sin embargo? Porque hay un sin embargo...

Tragué saliva, no se le escapaba una.

—Pues, aunque me irrite y sus suéteres sean un atentado directo a mis córneas, es imposible no mirarla cuando habla de lo que le importa. Es abrumadora.

—¿Os habéis besado?

—¡No! ¿Me has escuchado?

—Perfectamente. ¿Quieres besarla?

«¿Cómo narices podía ser tan intuitiva?».

—Quizá se me ha pasado por la cabeza —confesé—. Demasiado tiempo juntos, creo que me ha absorbido un poco su caos.

—Ya me parecía. —Sonrió, tranquila, sin burlas—. A veces lo más sensato es aceptar que la gente correcta nos desordena las estanterías.

—Yo tengo las estanterías ordenadas.

—Por eso mismo, sería bueno que alguien les diera un meneo.

El móvil vibró en mi bolsillo. Eric. Mensaje: «¿Vas al partido de esta noche? Tengo tu entrada. Si no, la revendo».

Escribí: «ni se te ocurra».

—Es Eric —le dije a mamá, saliéndome de la conversación—. Voy a hablar con él y a bajar la caja buena del trastero.

Ella volvió a su sillón, a la lectura como si nada hubiera pasado. Quizá al rato ni lo recordaría. Tal vez fuera mejor así.

En el trastero, me senté en un taburete viejo y busqué a mi hermano en la agenda.

—Ni se te ocurra vender mi entrada, cabrón.

La risa de Eric explotó al otro lado.

—Perfecto. Entonces vienes a ver perder a nuestro equipo.

—Ya sabes lo que importa.

—Estar ahí.

—Exacto. —Era lo que siempre decía papá.

Los Knicks podían ser un desastre de temporada en temporada, pero apoyarlos era religión.

—Pago la cena, tú las copas. Mis pelotas piden follar, ¿cómo están las tuyas?

—Igual.

Quedamos a las cinco.

Colgué y apoyé la cabeza contra la pared fría del trastero. Gin seguía ahí dentro, ocupando mi mente como si fuera dueña y señora. Ni corriendo, ni arreglando termostatos, ni montando árboles conseguía desalojarla. Y lo peor era que no sabía cómo echarla.

El partido me vendría bien. Ruido, gritos, cerveza, insultar a árbitros que nunca escucharían. Cualquier cosa menos imaginar a una pelirroja sentada en una mesa, mirándome con la boca entreabierta como si me diera permiso para hacer justo lo que los dos sabíamos que estaba a punto de ocurrir.

El Madison rugía como siempre, aunque la mitad de ese rugido era pura frustración. Eric y yo llegamos con el tiempo justo para comprar dos cervezas aguadas y un par de perritos calientes que sabían a pan recalentado y nostalgia.

—Lo echabas de menos —comentó, con una sonrisa cabrona, señalando la cancha.

—Sí, el masoquismo tiene algo reconfortante —murmuré.

El partido duró lo de siempre: dos horas largas de falsas esperanzas, triples lanzados como si fueran globos de feria y árbitros convencidos de que las faltas solo existían para nosotros. Reconfortante en su manera enfermiza: los Knicks seguían siendo los Knicks, especialistas en ilusionarte cinco minutos y reventarte la moral en los dos siguientes.

Eric me miró de reojo varias veces, como calibrando si su hermano mayor estaba a punto de hundirse junto al marcador.

—Espero que la noche se nos dé mejor que a ellos. Vamos a por un par de canastas para nuestras pollas —soltó, dándome un codazo.

—Con que no me pitará falta técnica el árbitro, ya me conformo.

Reímos y nos largamos cuando el público empezó a desfilar hacia las salidas. Manhattan de noche siempre era un circo de neones, taxis bocinando y gente convencida de que todo es más importante porque pasaba en Nueva York.

A mí solo me importaba desconectar la mente de Gin, y Eric tenía la solución perfecta: alcohol y mujeres.

Ligamos rápido, porque Eric tenía «el don».

Mamá siempre decía que yo era un poco más atractivo, pero él me superaba en labia.

No tardó en dar con nuestro objetivo: Dos danesas de turismo consumista, guapas a rabiarse, cuerpos de los que te hacen replantearte las horas de gimnasio, bocas rojas listas para un tutorial de succión.

Unas cuantas copas y bailes después, logramos que aceptaran venirse con nosotros a la casa que mi hermano tenía en la ciudad.

Eric puso música, sirvió unas copas y ellas se encargaron de seducirnos quitándose la ropa mientras calentaban motores besándose en la boca y desabrochándose los sujetadores la una a la otra.

Eran el sueño eréctil de cualquier tío.

Eric desapareció con la suya en dirección a su cuarto en cuanto consiguió meterle la lengua. Yo me quedé con la otra, que sonreía como si Nueva York fuera su parque temático.

Se subió a horcadas, y seguimos el ejemplo de mi hermano, nos dimos una clase completa de lengua. Mientras sus tetas respingonas se restregaban contra mi sudadera. Yo debería haber estado pensando «bendito sea este su país, decidido a clavar la bandera como Armstrong».

Pero no.

Mi cabeza seguía en una mesa *boutique*, con una pelirroja balanceando el pie, labios entreabiertos y esa pregunta silenciosa que no dejaba de sonar desde el viernes: «¿y si sí?».

Fue un puto desastre.

No conseguía reactivar esa parte que debía haber estado alzada hasta decir basta. Cero. Mi polla estaba en huelga, pancarta en mano: «solo se admiten estímulos pelirrojos».

Ella tiró de mi ropa, bajó la boca, trató de resucitarme como una paramédica con experiencia marcándose un boca-chorra de manual... y nada.

Lo peor es que no recuerdo qué pasó después.

«¿Pude dormirme en plena mamada?».

«Posible. Lo más probable».

Eric se descojonó a la mañana siguiente cuando me encontró con cara de funeral en la cocina tratando de inyectarme una buena dosis de caféina.

—¿Disfunción eréctil prematura, o tu gatillazo tiene nombre y apellido? —preguntó, sirviéndose uno como si fuera juez y jurado.

Me tapé la cara con ambas manos.

—¿Por qué os ha dado a todos por preguntar por mi vida sentimental?

—¿Desde cuándo el sexo conlleva sentimientos? ¿Y a qué te refieres con todos? ¿Algún hermano no reconocido sobre el que hablar?

—Mamá, ayer. Tú, ahora. ¿Qué será lo próximo? ¿Una encuesta en la oficina?

Él sonrió con malicia.

—Entonces hay alguien.

—No hay nadie.

—Hermano, te conozco. Si anoche la pequeña Nicky se quedó en el banquillo sin tirar ni un tiro libre, es porque tu cabeza estaba en otro partido.

—Mi polla no tiene nada de pequeña.

—Pues anoche se arrugó como una uva pasa.

Si hubiera estado en el sofá, le habría lanzado un cojín. Al ver mi cara envenenada, se rio más fuerte.

—¿Tan buena está? —insistió.

—No. Sí. Quizá. No sé. Viste como un árbol de Navidad con luces fundidas, pero su culo es de escándalo.

Eric silbó.

—No suena mal. ¿Te has obsesionado con Betty la fea? Porque si el problema es que no sabe ir a la moda y tiene más bigote que Groucho Marx: cierras los ojos, abres la boca y le comes las tetas.

—Cállate, imbécil. No es fea.

—Mejor. Entonces solo tienes que desnudarla.

—Curra connmigo.

—Sois adultos. Si aclaras que no quieres drama, no tiene por qué enamorarse de tu pasa.

—No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

Me pasé la mano por la nuca. No quería decirlo, pero me salió solo:

—El viernes estuvimos a un centímetro. A un puto centímetro de comernos la boca.

Eric me miró como si hubiera marcado un triple desde medio campo.

—¿Y no la besaste?

—Entró el encargado pedante con un catálogo de cuberterías y quizá fuera lo mejor.

Estalló en carcajadas.

—Está visto que para tu polla no. Hermano, eres la única persona en Manhattan que pierde un beso por culpa de una cuchara sopera.

Le conté lo básico. El casi-beso. La tensión. Lo de Gin.

—Joder, si se entera de lo que has hecho para quedarte con la prima, vas a perder algo más que las pelotas.

—No tiene por qué enterarse. Y yo necesito el dinero mucho más, para mamá y ese tratamiento experimental. Solo estoy usando una técnica de desconcentración, y si ha picado, no es mi culpa.

Eric se apoyó en la encimera, con la sonrisa torcida.

—Imagino que eso es lo que te dices cada noche para poder dormir, sin embargo, aquí entra otra variante en la ecuación y es que te la quieres follar, y que tu polla ya no responde con nadie más, por lo que deberás tomar cartas en el asunto si no quieres terminar con tu leche hecha cuajada.

Tragué saliva.

—Solo me pasó con la de anoche.

—La de anoche era modelo. Tenía boca de Dyson 6000. Y ni con esas pudiste remontar, ¡te pusiste a roncar y yo tuve que darle lo prometido! Créeme, estás jodido.

—Lo sé.

Él me dio una palmada en la espalda.

—Hazlo simple: camélatela, fóllatela, cumple y te quitas el capricho, recuperas tu libido y todos contentos. Se quedará sin el dinero, pero con una buena comida de coño y una colección de orgasmos; como premio de consolación, no está mal. Una noche buena para compensar una mala Navidad.

—Gracias, genio.

—Un polvo extraño al año no hace daño.

Me quedé callado y decidí que había llegado el momento de volver a casa.

Regresé al piso. Mamá estaba bien, y su cuidador se despidió de mí hasta el día siguiente.

Me serví un vaso de vino pequeño. Abrí el portátil. Añadí una línea al presupuesto con un «margen creativo» que no existía ayer. Y escribí en un *post-it*: darle alma sin matar el orden.

Sí, yo había escrito eso al lado de ubicación. Me reí solo como un idiota.

El lunes se acercaba como el gran partido que los Knicks disputaban en Navidad. Tenía que decidir si jugaba contra Gin o con Gin.

La realidad era brutal: quería lo segundo.

Y eso significaba peligro.

Así que debía planificarlo como si fuera uno de *playoffs*.

«Llegar con normalidad», era el punto número uno de mi nueva estrategia. Nada de flores ni *croissants*. No se tragaría un cambio tan radical.

«Mirarla en la reunión y ponerla nerviosa», podía funcionar.

Meter un bloque invisible: «tiempo para magia». Ese punto a desarrollar.

«Comida», «Cata». Volver a dejar que ganara alguna de sus combinaciones menos peligrosas para acercarla, dejar que pareciera victoria suya. Porque la victoria compartida encima de mi polla sabe mejor.

Tal vez pudiera adoptar un *look* más casual, quitarme la corbata o el pañuelo para acercarme más a su prototipo de hombre perfecto...

Look en la oficina: Camisa blanca, mangas remangadas... Mirar su boca exactamente dos veces. No tres. No cuatro. Dos. Para que ella fuera incapaz de no plantearse cómo sería ser besada por mí.

Apunté todo como si fuera un *briefing* de campaña.

Me quedé un rato mirando la pantalla. Pensando en su voz, en la manera en que había dicho mi nombre el viernes. En cómo se le había cortado la respiración.

Rose Gate

Estaba jodido. Sí. Pero, por primera vez en mucho tiempo, tenía claro lo que quería. El lunes no iba a ser un lunes normal.

El lunes era la primera jugada del partido más importante de mi vida.



Rose Gate

